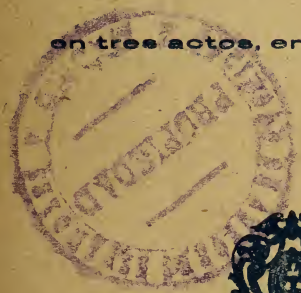
791

PEDRO MUÑOZ SECA

EL ARDID

COMEDIA

en tres actos, en prosa, original



Copyright, by Pedro Muñoz Seca, 1921

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1921

EL ARDID

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL ARDID

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenada en el TEATRO VICTORIA EUGENIA de San Sebastián, el día 5 de septiembre de 1921, y en el TEATRO ESLAVA de Madrid, el 10 de octubre del mismo año

MADRID

R. Velasco Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.

TELÉFONO, M 551

1921

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/elardidcomediaen3721muno

A mi buen amigo D. José Fabiani.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
VENTURA	Catalina Bárcena.
ISABEL	Rafaela Satorres
PEPITA	Milagros Leal.
ELENA	María Corona.
ARTURO	Nicolás Navarro.
GONZALO	Manuel Collado.
ARROYO	Carlos M. Baena.
BARÓN	Ricardo de la Vega.
JUAN	José Crespo.
CARACALLA	Juan M. Román. (1)

(1) El papel de *Caracalla* fue estrenado en Madrid por el actor Luis Pérez de León.

ACTO PRIMERO

Despacho en casa de Arturo Garcés. Un despacho tan elegante como serio; tal vez demasiado serio y sobre todo incómodo, porque no habrá en él ni una butaca, ni un sofá, ni un diván, ni siquiera un sillón que dé idea de comodidad.

La puerta de entrada estará en el foro y habrá una puerta en el lateral izquierda y dos en el lateral derecha. A ambos lados de la puerta del foro dos severas librerías. La mesa de despacho entre las dos puertas de la derecha, y en el primer término de la izquierda mesita con máquina de escribir. Todo del más exquisito gusto.

La acción en Madrid. Epoca actual. En el mes de octubre.

—

(Al levantarse el telón está en escena ISABEL escribiendo a máquina. Isabel, que acaba de cumplir los veinte años, es la señora de la casa: una señora elegantísima y monísima.)

ISABEL. (Terminando de escribir.) «Por ser todo ello de justicia que pido. Madrid, nueve de octubre de...» ¡Uf!... Creí que esta demanda no se acababa nunca. (Se levanta y hace sonar un timbre. Luego ordena las cuartillas que ha escrito. Por la puerta de la izquierda entra en escena PEPITA, una doncella pizpireta, saltoncilla, marisabidilla y simpatiquísima.) Pepita.

PEPITA Señora...

ISABEL ¿Hay alguien en el salón esperando al señorito?

PEPITA (Muy pronunciado.) Verélo. (Graciosamente sorprendida de lo que acaba de decir.) ¡Ay! Verélo... ¡Qué cursi hemos amanecido! (Se acerca a la primera

67176

puerta de la derecha, la abre, se asoma y la vuelve a cerrar diciendo.) No hay nadie, señora.

ISABEL ¿Están ahí los escribientes?

PEPITA No, señora. El señor Cardona está en la Audiencia; como el señorito tiene hoy vista...

ISABEL Es verdad.

PEPITA Y el otro..., el señor... (Muy nerviosa.) Bueno, el otro...

ISABEL El señor Arroyo.

PEPITA Sí, señora. (Rechinando los dientes.) El señor... Arroyo; ya sabe la señora que desde que terminó la carrera de abogado viene muy tarde porque se levanta a las doce, como si fuera el Rey o el Papa.

ISABEL Pepita.

PEPITA Señora.

ISABEL Ni el Rey ni el Papa se levantan a las doce: los dos madrugan.

PEPITA Pues hacen el primo.

ISABEL ¿Crees tú?

PEPITA Si yo fuera reina o... papesa...

ISABEL No digas disparates.

PEPITA (Que nerviosamente está arreglando unos papeles de la mesa y los tiene en la mano.) Perdone la señora, pero es que cuando hablo del señor Arroyo me pongo de un nerviosismo que..., pierdo los papeles.

ISABEL Pues mira, no los toques; déjalos ahí por si acaso.

PEPITA Hay que ver el pistazo que se da el muy necio porque ya es abogado. Nada, que se ha olvidado de que su padre es el portero del diez y ocho; y eso que no lo olvide, porque aunque se doctore, su padre será siempre el portero del diez y ocho. En cambio, el mío fué teniente de artillería. Esto se lo tengo yo que refregar por las narices.

ISABEL Qué, ¿no vuelven ustedes a arreglarse?

PEPITA ¡Por Dios, señora!... Primero el claustro. Lo nuestro no tiene arreglo; porque lo nuestro se acabó, como se acabó la guerra Europea, por causa de los Estados Unidos.

ISABEL ¿Qué dices, criatura?

PEPITA Digo que él era de la clac de Romea, cosa que a mí no me hacía gracia. Yo nunca aplaudí que él fuese de la clac, y un día me enteré de que se había puesto en relaciones con una artista yanke, que trabajaba allí;

una tal Kati-Dam. ¿No la conoce usted? Esa tía rarísima que toca al mismo tiempo un piano y un violín.

ISABEL ¿Al mismo tiempo?

PEPITA Sí, señora: el piano lo toca con los dientes.

ISABEL No puede ser, Pepita

PEPITA Es que es de manubrio.

ISABEL ¡Ya!

PEPITA El me juró que lo de las relaciones no era verdad; pero le cogí un retrato de ella que decía: «A Decoroso Arroyo, su Kati»... y... (Con sorda rabia.) ya supondrá la señora. (Como si rompiera de nuevo el retrato.) ¡Ris, rás y rás! le coloqué unas calabazas que se las colocan a un submarino y no se hunde.

ISABEL Se pondría furioso, ¿no?

PEPITA No, señora; empezó a hacer chistes, que es lo que a mí me tiene con el hígado estofado. Porque mire usté, si él me hubiera pegao se lo hubiera agradecido, créame usted; pero eso de que me dijera que iba a recomendarme a una tía suya que tenía la solitaria porque yo no era una Pepita cualquiera sino una pepita de calabaza, eso no se lo perdono yo a él, ni a su padre, que es el portero del diez y ocho. (Ríe Isabel.) Y es que por hacer un chiste es capaz de jugarse la vida.

ISABEL Sí; en eso tienes razón. El señorito dice que es una lástima que sea así. (Suena el timbre del teléfono y acude al aparato Isabel.) ¿Quién?... Sí, soy yo... ¡Ah! Matilde... Bien, muchas gracias. ¿Eh?... ¡Oh! Se lo agradezco muchísimo. Perfectamente... Adiós. (Deja el aparato.) ¡Qué fino está el tiempo! La modista que se ha dado prisa en terminar el traje que le encargué, por si quiero asistir esta noche al Real, a esa velada que ha organizado la de Ciliéza.

PEPITA ¿Piensa ir la señorita?

ISABEL No deseo otra cosa. Me ilusiona muchísimo esa fiesta, pero como el señorito tiene tanto que hacer... Anda siempre tan atareado... Tú misma ves que apenas descansa.

PEPITA La verdad es que no envidio a la señora. ¡Lleva la señora una vida!...

ISABEL Mujer, cualquiera que te oyese...

PEPITA Es que me da pena el ver a la señorita sin ir a ninguna parte, siempre entre estas cuatro paredes... (Rumor de voces dentro.)

ISABEL Calla, calla y mira a ver quién es.

PEPITA (Desde la puerta del foro.) Es el señorito Gonzalo; el cuñado de la señorita.

ISABEL (Extrañada.) ¿Tan temprano?

PEPITA ¿Manda algo la señora?

ISABEL No, nada. Cuando mande el vestido Matilde me avisas.

PEPITA Sí, señora. (Se va por la puerta de la izquierda.)

(Por la puerta del foro entra en escena GONZALO GUERRA, un hombre joven, muy elegante y con una gran cara de buenazo.)

GON. Dios te guarde, Isabelita.

ISABEL Hola, Gonzalo. ¿Pero qué es esto? ¿Cómo tú tan de mañana? ¿Ocurre algo?

GON. No, mujer; que he tenido que ir al Banco a unas cosillas y me he citado aquí con tu hermana.

ISABEL. Cómo, ¿pero también ha madrugado Ventura?

GON. Sí; no tardará en venir. ¿Y tu marido?

ISABEL En la Audiencia.

GON. Tengo que felicitarle por su último éxito. ¡Qué bárbaro!... ¿Eh?

ISABEL Sí.

GON. ¡Haber ganado también ese pleito de las minas!... ¡Hay que ser un tío! Yo no he visto suerte semejante. ¡Qué bruto! Nada; que va de triunfo en triunfo. Ayer me lo decía Pepe Carranque: «Este año no hay triunfos más que para Arturo y para Karukí».

ISABEL ¿Quién es Karukí?

GON. Un caballo que él tiene, que le ha ganado ya nueve carreras.

ISABEL ¡Ah! Vamos. Ese Pepe Carranque siempre tan exquisito.

GON. Os quiere mucho. En el Casino decía a gritos que tu marido llevaba una carrera brutal. ¡Yo le tengo una admiración!...

ISABEL ¿A Carranque?

GON. ¡Quita, mujer! A tu marido. ¡Eso es trabajar y subir!... Yo, como no hago nada ni me ocupo de nada y me aburro como un ermitaño...

ISABEL ¿Vas al Real esta noche, al festival de la Ciliéza?... ¿Eh?...

GON. Claro, mujer. ¿Sabes tú de alguna fiesta a la que tu hermana no me lleve?

ISABEL Hombre, lo dices en un tono como si te quejaras.

GON. Y me quejo, Isabelita, me quejo. Esto no es vivir. Yo creo que debo tener por ahí... algún mote. Antes de comer, a la Castellana; a las cuatro, a hacer visitas, que me cargan un horror; a las seis al té y luego al teatro. Por la noche a comer aquí o allá, o al teatro otra vez o a tal reunión o a cual baile... ¡Un aburrimiento! Ventura me considera como una especie de perro faldero que tiene que ir detrás de ellas a todas partes, y me tiene frito.

ISABEL ¿Pero a ti qué es lo que te gustaría hacer?

GON. Mujer, a mí me gustaría trabajar como trabaja todo el mundo. ¿No tengo minas en el Norte? Pues en una de las minas. Yo sentado en mi despacho, mandando a todo el mundo... (Como si ya estuviera en su despacho disponiendo de vidas y haciendas.) A ver, usted, Larraillaga, conteste a esas cartas... Usted, Blendioconechea, vea cómo están los cambios... Usted. ., Belastegoitia, dígame cuántas toneladas se han mandado a Inglaterra. ¡Trabajar, señor! Lo que se dice trabajar, y no hacer lo que hago.

ISABEL Lo que son los caracteres. Tú por hacer esa vida no eres feliz, y yo no lo soy por hacer lo contrario.

GON. (Asombrado.) ¿Cómo? ¿Qué dices, Isabelita? ¿Que tú no?...

ISABEL Hombre, es un decir; no hay que tomar las cosas por donde queman. En el fondo, no puedo estar más satisfecha de mi suerte, pero...

GON. ¿Te falta algo acaso? ¿No tienes un marido joven, guapo, noble, rico y que te quiere a cegar?

ISABEL Como yo le quiero a él; vaya una cosa. No es de eso de lo que me quejo.

GON. ¿No es un hombre de un mérito extraordinario reconocido por todo el mundo? Ya ves lo que dice Pepe Carranque...

ISABEL No me lo vayas a repetir.

GON. Pues ahí es nada, ser a sus años uno de los primeros abogados de Madrid: ganar cuanto quiere... Bien es verdad que se mata trabajando.

ISABEL Eso es precisamente lo que le censuro. Bueno es trabajar, pero no deben exagerarse las cosas. Bueno que atienda a sus pleitos, que adquiera fama, que aumente nuestro patrimonio, pero no a costa de que él no descanse un momento y de que viva yo sacrificada.

GON. ¿Tú?

ISABEL ¿Acaso no conoces mi vida? ¿Ignoras que para mí no hay la menor diversión, que me paso meses enteros sin salir de casa? ¿Sabes a lo que tengo que apelar para distraerme? A copiar yo misma los escritos y los laudos de mi marido.

GON. Eso debía enorgullecerte.

ISABEL Y me enorgullece, pero mira, me aburre. Yo vivía de otro modo de soltera; iba al mundo, lo mismo que Ventura.

GON. De tu hermana no hables.

ISABEL ¿Por qué?

GON. Porque esa... se ha casado conmigo.

ISABEL ¿Acaso eres tú mejor que Arturo?

GON. ¿Yo? Vamos, no digas burradas, Isabelita. Arturo es un hombre, qué digo un hombre, Arturo es un tío y yo soy un Juan de las Viñas. ¡Ojalá valiera yo lo que él! Pero por eso mismo, no debes aspirar a hacer con él lo que Ventura hace conmigo. ¡Tu marido!... ¡Sí, sí!... ¡Al instante hace Arturo de perro faldero como yo!

ISABEL No digo tanto, pero podía, al menos armonizar el ejercicio de la abogacía y el complacerme a mí; como hacía en los primeros meses de casados. Ya ves, tengo unos deseos locos de ir al Real esta noche, ¿te apuestas algo a que no lo consigo?

GON. ¡Bah! No exageres, mujer: te unes a nosotros y en paz.

ISABEL Eso sí que no.

GON. ¿Eh?

ISABEL O voy con él o me quedo en mi casa. ¿Yo de esas mujeres que a los dos años de casadas van a todas partes con una hermana o con una amiga, porque el marido no puede acompañarlas? ¡Quiá hijo! Claro que si mi marido no me quisiera, ¿qué remedio me quedaría? ¿Pero, queriéndome? De ninguna manera. Si él no puede acompañarme yo no debo ir.

GON. Lo que es la vida: unas con mucho y otras con nada. Tú sin poder hacer tu voluntad y en cambio tu hermana haciendo todo el santo día lo que le da la realísima gana.

VEN. (Que ha entrado en escena por la puerta del foro y se ha detenido al oir estas frases de Gonzalo.) Porque se puede.

GON. ¡Caramba!

ISABEL ¿Ventura?

VEN. Buenos días. (Besa a Isabel. Esta Ventura es joven, guapa, elegante y una mujer muy pizpireta.) ¿Qué estaba diciendo éste?

ISABEL Nada. Hablábamos de la fiesta del Real.

VEN. ¿Qué, vas por fin?

ISABEL Creo que no.

VEN. Como siempre. ¿Y lo sufres?... Hija mía eres una santa, pero una santa de palo pintado. Ya podía éste decirme a mí...

GON. ¡Sí, sí!...

VEN. Por supuesto, que yo en tu caso... Mira, yo en tu caso... ¡¡Jesús!!

GON. Haz el favor de no meter cizaña en los matrimonios.

VEN. Yo hago lo que me da la gana.

GON. Doy fe.

VEN. Digo lo que quiero y lo que es justo, y sobre todo defiendo a mi hermana.

GON. ¿La ataca alguien tal vez?

VEN. La ataca su marido que la tiene hecha una mártir.

ISABEL Por Dios Santo, Ventura, no exageres. Una cosa es que yo me aburra y otra que Arturo no sea bueno para mí y no me quiera.

VEN. ¡Vaya un modo de probártelo!

ISABEL El dice que todo lo hace con el fin de ilustrar su nombre para que yo pueda ufanarme de llevarlo, y de aumentar nuestra fortuna para que yo no carezca de nada.

VEN. ¿Y de qué va a servirte el dinero si no disfrutas de él ni vas a ninguna parte? Desengáñate, Isabel; Arturo no es un buen marido.

ISABEL No digas eso ni en broma. Te repito que aunque no me complazca en algunas pequeñeces, le quiero como el primer día.

VEN. ¡Prima!... ¡Reteprima!

ISABEL ¿Eh?

VEN. Ahí tienes lo que no debías decir jamás.

ISABEL ¿Por qué?

VEN. Porque los hombres, cuando saben que los queremos se ponen insoportables y abusan. Lo primero que una mujer debe ocultar a su marido es que le quiere. No hay otro modo de vivir tranquila. Yo se lo oculto a éste, ¿no es verdad?

GON. Como que no hay quien te lo conozca.

ISABEL Felices vosotros que estáis de buen humor.

VEN. Te advierto que hablo en serio. La culpa de lo que te sucede la tienes tú misma. Tu marido sabe que estás cada día más enamorada de él y abusa de ti. ¡Ay, si tú hicieras lo que yo! Mira: si tú dieras dos golpes sobre la mesa... Así: fíjate bien... (Dando un puñetazo sobre la mesa y encarándose con el sillón, como si en él estuviera sentado alguien.) ¡Ea! ¡Las cartas boca arriba!... ¡Vamos a ver!...

GON. ¡Por Dios, Ventura!

VEN. ¿Eh?

GON. ¡Que es tu hermana! Has desunido ya once matrimonios y yo nunca te he llamado al orden, pero en este caso, sí, ¡caramba! se trata de tu hermana.

VEN. Déjame en paz. Mira, Isabelita: no olvides nunca esta reflexión: «casa en la que manda el marido es casa perdida.» Tú, fíjate en mí.

GON. Eso: ahora ponme en ridículo.

VEN. No: nuestro caso no cuenta. En nuestro matrimonio la autoridad reside en mí, no porque yo te la haya quitado, sino porque tú has hecho dejación de ella, que es muy distinto. Tú no tienes voluntad y era preciso que alguien te prestase la suya.

GON. Mira, mira, distingamos. Que yo haga cuanto a ti se te antoje no quiere decir que no tenga yo voluntad, sino que amo la paz sobre todas las cosas...

VEN. (Interrumpiéndole.) Que eres un egoísta...

GON. Que amo la paz sobre todas las cosas y evito motivos de reyerta.

VEN. Pues, hijo, si es así, me fastidias.

GON. ¿Eh?

VEN. Sí, sí; me fastidias, porque precisamente lo que a mí me gusta es tener alguna reyerta alguna vez.

GON. (A Isabel.) ¿Tú oyes esto?

ISABEL ¿Pero es que estás loca? ¿Te quejas de hacer lo que quieres?

VEN. Entiéndeme: me quejo del poco trabajo que me cuesta conseguirlo. A mí la lucha me enardece.

GON. ¡Anda, morena!

VEN. Te aseguro, que por mi gusto, siempre que le pido a Gonzalo una cosa me gustaría que me dijese que no, para... para.. (Arañándose un poquito las manos.) Bueno, tú no comprendes esto; eres apocada, pasiva, débil, como él: hubiérais hecho muy buena pareja. Este podía decirme a mí que no me llevaba esta noche al Real... Anda, hombre, dímelo: dímelo, a ver qué pasa.

GON. Pero si yo voy al Real con muchísimo gusto, ¿cómo te voy a decir?...

VEN. (A Isabel.) ¿Ves? Egoísmo. No me lleva la contraria, por no luchar, por no molestarse. Y hace mal, porque a mí me gustaría.. Yo creo que si encontrase alguna vez a un hombre capaz de imponerme su voluntad, le adoraría como a un Dios.

GON. ¡Le sacabas los ojos!

VEN. ¡No! ¡Le adoraría!

GON. Eso lo dices para animarme a la lucha, pero, quiá hijita: la experiencia la haces con un gato. ¡Al instante te llevo yo a ti la contraria!

VEN. ¡Uf! ¡Egoísta!... ¡Si no fuera por!... (Dándole despectivamente un paquetito que saca del bolso.) Toma.

GON. ¿Qué es esto?

VEN. Míralo.

GON. (Que ha deshecho el paquete.) ¡Una pitillera de oro!... ¡Y con mis iniciales!...

ISABEL ¿A ver?... (La toma.)

GON. Escucha, ¿y a qué viene este agrado?...

VEN. ¿No sabe don Gonzalo Guerra y Guzmán que hoy cumple años?

GON. ¡Es verdad!... No sé ni el día en que vivo. Estoy siempre en el séptimo cielo .. gracias a ti. (Cariñoso)

VEN. Déjate de monsergas.

ISABEL (Dando a Gonzalo la pitillera.) Tomá: es lindísima. Pero en vez de las tres G han debido poner una sola. Esto de G. G. G.. hace reir.

ARROYO (Por la puerta del foro. Es un muchacho muy simpá-

tico y con una gran cara de golfo. Viste sin pretensiones No hay que olvidar que aunque es abogado pertenece a la clac de Romea y es hijo del portero del diez y ocho.) Buenos días.

ISABEL Buenos días, Arroyo.

GON. ¡Hola, Arroyuelo!... ¡El simpático Arroyuelito!...

ARROYO Para servir a usted, señor Guerra. (A Isabel.) ¿No está don Arturo?

ISABEL Aún no ha vuelto de la Audiencia.

ARROYO Pues con su permiso voy a decirle que pase, a un punto que ha venido conmigo y que desea hablar con él. Es un hombre que no debe esperar en el recibimiento.

ISABEL Que espere en el salón.

ARROYO ¡Estaría bueno! Aguardará ahí en nuestro despacho y con testigos de vista. Se trata de un... (Hace señas de robar.)

VEN. ¡Jesús!

ISABEL ¿Quién es?

ARROYO Ese a quien le llaman el Caracalla. Está procesao ahora por no sé que puñaladilla y desea que don Arturo le defienda.

GON. Caramba, el Caracalla. ¿Por qué le llaman así?

ARROYO Porque es tan feo, mejorando lo presente, que cuando él asoma la cara se calla todo el mundo. Es un gachó que tira de espaldas.

GON. ¡Qué exagerado!

ISABEL ¿Y ha quedado sólo?

ARROYO No, señora; al entrar nosotros, entraba también la chica de la modista, que trae un vestido para usted, y han quedado los dos en el recibimiento.

PEPITA (Por la izquierda.) Señora... (Al ver a Arroyo le hace un mohín de desprecio.) Ahí está la chica de la modista...

ISABEL Sí, ya me lo ha dicho el señor Arroyo.

PEPITA (Pitorreándose, nerviosamente.) ¡El señor Arroyo! ¡Ay, qué señor!... (Se tapa la boca.)

ISABEL (Muy severa.) ¡¡Pepita!!

PEPITA (Avergonzada.) Perdone la señora...

ARROYO (Sin darle importancia.) Histerismos. No la hagan caso.

ISABEL Di a ese hombre que aguarda en el recibimiento, que pase. (Pepita hace mutis por el foro, muy tiesa, sin mirar a Arroyo.) ¿Quieres ver el traje que me ha hecho Matilde?

VEN. Sí, mujer, vamos. (Haciendo mutis con Isabel por la puerta de la izquierda.) Me dijo el otro día que habías escogido un modelo lindísimo... (Se van.)

GON. (Maliciosamente.) Amigo Arroyo: veo que Pepita está...

ARROYO Que muerde y zamarrea, sí, señor. ¡Como no he vuelto a mirarla!...

GON. ¿Y eso?

ARROYO Que quería pescarme... en serio, cogerme bien cogido. (Señal de bendecir.) Pero yo... ¡quiá! Cualquiera me coge a mí.

GON. Usted... Casanellea, ¿eh?

ARROYO Casanelleo y me regodeo.

PEPITA (Seguida de CARACALLA.) Pase usted.

CAR. (Que es feo y mal encarado, hasta infundir tsrror.) Gracias. (A Gonzalo.) Buenas.

GON. (¡Joroba!).

ARROYO (Abriendo la segunda puerta de la derecha.) Entre ahí y siéntese, Caracalla.

CAR. Gracias. (Saludando.) Buenas. (Se va.)

ARROYO (A Pepita, con chunga.) Lo he traído a ver si te gusta.

PEPITA (Muy nerviosa.) Podía usted haberle llevado a la portería del diez y ocho.

ARROYO Mujer, lo a pecho que has tomado el que mi padre sea portero del diez y ocho. ¡Ni que el tuyo hubiera sido arzobispo.

PEPITA (Muy ufana.) Fué teniente de artillería.

ARROYO De la clase de tropa.

PEPITA ¿De la clase de tropa?

ARROYO Sí, señora. ¡Murió a los cincuenta y seis años y era segundo teniente!...

PEPITA Pero si no hubiera muerto, hubiera llegado a...

ARROYO A cañón.

PEPITA ¡¡Grosero!!

ARROYO Gut bae. (Pronúnciese como se escribe.)

PEPITA Eso te lo habrá enseñado Kati Dan. (Idem.)

ARROYO Keti, keti...

PEPITA ¿Eh?

ARROYO (Con chnnga.) ¡Qué t'importa! (Ríe Gonzalo.)

PEPITA (Rabiosamente irónica.) ¡El señor abogado!... ¡¡El señor Arroyo!!... ¡Jajay qué risa...! (Como llamando.) ¡Portero!... ¿Se alquila ese cuarto?... (Haciéndole un mohín de desprecio y de asco.) ¡Aaaj! (Inicia el mutis.)

ARROYO (Imitando al gato.) ¡Fú, fú!...

PEPITA (Ya en la puerta y con ganas de arañarle.) ¡Si no mirara!...

ARROYO (Haciendo un trenzado de baile inglés y tarareando.) Tan, tararán, taranta, tant tan...

(Pepita se muerde la mano derecha y hace mutis por la izquierda. Gonzalo y Arroyo rien a carcajadas.)

GON. La tiene usted cardíaca, Decoroso.

ARROYO Chulerías que me traigo. Cada cual se trae lo suyo. Usted se trae elegancia y unos botines que no hay quien no hable de los botines de Guerra y yo me traigo marcha. (Entra ARTURO por la puerta del foro y se detiene al oir a Arroyo.) Es lo único que yo me traigo: marcha.

ART. (Muy serio.) Pues haga usted el favor de marcharse a lo que tenga que hacer.

ARROYO (Muy azorado.) Sí, señor. (Ríe Gonzalo.) (¡Me cogió!) (Medio mutis.) ¡Ah! Aquí, en nuestro despacho, está esperándole ese... el Caracalla.

ART Bien; que espere.

(Arroyo hace mutis por la segunda puerta de la derecha haciéndole señas a Gonzalo, como diciéndole: «me he caído.»)

GON. (Riendo.) Adiós, marchoso.

(Arturo es un hombre joven y muy desaliñado. Viste traje negro, chalina negra, unos quevedos con armazón de concha, y a juzgar por lo enredado que trae el pelo hace una semana que no se peina.)

ART. (Por Arroyo.) A éste como se le den alas.. Bueno; ¿Qué hay, Gonzalín?

GON. Lo que digas, Arturete. Ya sé que vienes de una vista.

ART. Y muy satisfecho. Creo que he ganado el asunto.

GON. ¿Es pleito de importancia?

ART. Una herencia de dos millones de duros. ¡Figúrate!

GON. ¡Rezambomba! Quinientas mil pesetas de minuta.

ART. No, hombre; no soy tan exagerado.

GON. En las minutas, no; pero en el trabajo, sí. Hace un momento nos decía tu mujer a su hermana y a mí que tú, por pensar en los pleitos, la descuidas a ella y la tienes siempre en casa aburrida, sin proporcionarla una sola distracción

ART. ¡La cantata eterna!

GON. Hombre, en realidad, hay que reconocer

que no le falta razón, porque te niegas hasta a sus caprichos más inocentes. Ya ves, esta noche tiene ella unos deseos locos de ir al Real y aún no sabe si vas a llevarla o no.

ART. ¡Quiá! ¡Esta noche! Pues apenas tengo yo que hacer esta noche. Mañana temprano tengo una junta, a la que he de llevar estudiado un asunto que me han encomendado ayer mismo y es esta noche cuando he de examinar los antecedentes.

GON. Pero hombre, por un día...

ART. Si hoy cediera llevando a Isabel al Real, mañana tendría que ceder llevándola a otra parte, y al fin acabaría por pasarme la vida en espectáculos y fiestas, que es lo que desea. No; vale más no sentar ningún mal precedente, Puesto que para ella trabajo, algún día me lo agradecerá.

GON. Bien, Arturo, bien! Eres un gran hombre y te admiro. Si yo tuviera tu energía, no estaría dominado por mi mujer.

ART. Si reconoces que es culpa tuya, ¿de quién te quejas? Haber tirado a tiempo el gato.

GON. ¿Eh? ¿Qué es eso del gato?

ART. ¿No conoces el cuento?

GON. No.

ART. Pues mira, era un marido que descubrió, precisamente la noche de bodas, que su mujer tenía la costumbre de dormir con un gatito. Parecióle un huésped incómodo para la alcoba nupcial y decidió mandarlo a la cocina, como lugar más adecuado. Se opuso tenazmente la esposa. No: ella no consentiría nunca en separarse de su gato. ¡Todo menos eso! Entonces, el marido, cogió al bicho por las orejas y lo tiró por el balcón. Excusado es decir que el llanto y las quejas de la desposada perturbaron, durante algunas horas, la paz del idilio amoroso; pero a partir de aquel momento, la mujer no volvió a tener caprichos ridículos; el marido impuso siempre su autoridad, y... colorín colorado, aplícate la moraleja.

GON. ¡Estás tú fresco!

ART. ¿Eh?

GON. ¿Qué me voy yo a aplicar, hombre de Dios? Tú no conoces a Ventura.

ART. ¡Ah! ¿Tú crees?...

GON. Mira, a mi mujer le tiro yo el gatito, y... ¡bueno! A los diez minutos estoy yo en la calle, en camisón de dormir con una sardina en la mano, (Como si llamara al gato.) miso, miso... buscando los despojos del felino. (Ríe Arturo.). No te rías, porque hablo excátedra. ¡Ah! Y al día siguiente me metía en la alcoba un camello o un elefante; vamos, un animal que no cupiera por el balcón.

ART. No exageres.

GON. ¡Pues buena es la niña!

ART. Desengáñate, Gonzalo: en ningún matrimonio falta un gato de esos. La cuestión es saber tirarlo con oportunidad.

GON. Cambiemos de disco, que aquí llegan las interfectas.

(Entran por la izquierda VENTURA e ISABEL.)

VEN. (Bajo a Isabel.) Ne seas tonta: imítame y ya verás cómo lo consigues todo. Cuando yo doy un golpe y digo «las cartas»...

ART. Buenos días, Ventura.

VEN. Hola, Demóstenes.

ART. No tanto.

ISABEL (A Arturo, cariñosamente.) Ya sabía que habías venido.

ART. Por no dejar solo a Gonzalo no he entrado a verte.

VEN. Hemos estado examinando el vestido que ésta se ha mandado hacer para (Con mucha intención.) ir al Real esta noche.

GON. (¡Ahí va esa mosca!)

ART. (A Isabel.) ¡Ah! ¿Quieres ir con tus hermanos al Real?

ISABEL (Cortada.) No...

ART. Como dice Ventura...

ISABEL Yo quiero ir... contigo.

ART. Pues lo siento de veras, pero esta noche no puedo salir. Lo sabes de sobra, puesto que sigues de cerca mis trabajos.

VEN. Pero...

ART. A Gonzalo se lo estaba diciendo hace un instante y anoche te lo dije a ti misma. Tengo que estudiar un asunto, porque mañana temprano...

ISABEL (De mal talante.) Basta, hombre, basta: no tienes por qué justificarte.

ART. Puedes ir con ellos...

ISABEL No. Ya sabes cuál es mi manera de pensar. ¿No sales tú? Pues yo tampoco y en paz.

VEN. En paz porque tú eres como eres, que si fueras como yo...

GON. ¡¡Ventura!!

VEN. Luego hablaremos de esto, porque Isabel nos ha convidado a almorzar...

ART. Ha tenido una feliz ocurrencia.

VEN. Volveremos en seguida. No vamos más que a recoger nuestro palco. (Con retintín.) Porque nosotros sí vamos; ¿se entera, Papiniano? Nosotros vamos, como va todo mundo.

ART. ¡Oh!

VEN. Va a estar aquello animadísimo.

ART. Seguramente.

VEN. Parece mentira que haya quien se obstine en no ir y sobre todo en no llevar a su mujer. Anda, Gonzalo. Hasta ahora. (Se va por el foro.)

GON. (A Arturo, que le acompaña.) ¿Eh? Para que le vayas con gatitos.

VEN. A mí podía decirme este que no me llevaba al Real esta noche. Anda, dímelo.

GON. Pero si voy con muchísimo gusto... (Mutis.)

ISABEL (Rabiosilla.) (Ventura tiene razón: hay que imponerse; hay que dar golpes a los muebles y hablar alto.)

ART. (Dirigiéndose a su mesa de despacho.) Este Gonzalo dice unas cosas...

ISABEL (¡Verás ahora!) (Se acerca a la mesa, coge un libro y da con él un fuerte golpe.) ¡Ea! ¡Las cartas!...

ART. (Extrañado.) ¿Eh? (La mira.) ¿Qué dices?...

ISABEL (Azorada.) Nada, que las cartas no están contestadas, como tú querías...

ART. ¡Bah! Ya se contestarán.

ISABEL (¡No sirvo!)

ART. Escucha, me figuro que no serías tú quien encargara a Ventura que me hiciera esas alusiones...

ISABEL No, no; te lo aseguro. ¿Yo? ¿A santo de qué?

ART. Calla, tonta. Te lo digo por broma. Ya sé que eres discreta. No lo es tanto tu hermana.

ISABEL La pobre me quiere mucho.

ART. ¿Y por eso te aconseja mal?

ISABEL Reconozco que tiene un carácter ligero, que a veces la lleva a cometer imprudencias; pero también tú debes reconocer que es natural que no encuentre bien alguna cosa...

ART. ¿Qué quieres decir?

ISABEL Nada, que yo no le he ocultado mi deseo de ir esta noche al Real, como va ella, como va todo el mundo.

ART. ¿Vuelta al tema? Parece mentira que insistas tanto en semejante pequeñez.

ISABEL Si es una pequeñez, ¿por qué no quieres complacerme en ella?

ART. Mujer, me da pena oirte hablar así, sabiendo el deseo que tengo de darte gusto en todo lo posible.

ISABEL No se conoce, porque te niegas a cuanto te pido. Esta casa va siendo para mí una especie de prisión, de la que no puedo salir a ninguna hora... (Da otro golpe algo más flojo y se arrepiente en seguida.) Perdona... era una polilla...

ART. (Cariñosamente. acercándose a ella. Isabel baja la cabeza avergonzada.) Vamos a ver, Isabelita, ¿por qué llamas prisión a nuestro hogar? No creía yo que te fuese tan desagrable vivir en él, rodeada del cariño y de los halagos de tu marido...

ISABEL No es eso, Arturo, no es eso

ART. Pero si yo, muchas veces te digo...

ISABEL Sí, muchas veces me dices que vaya aquí o allá con mis hermanos y yo no voy.

ART. Porque dices que no te gusta.

ISABEL Digo que no me gusta, porque sé que a quien no le gusta es a ti. ¿Es cierto? (Arturo baja la frente, sin contestar.) Pues si con otros no te gusta que vaya y sola no debo ir a ninguna parte, ¿por qué no eres tú quien me acompaña? Soy joven; he estado siempre acostumbrada a entrar y salir, a ver gente, a esparcirme, y ahora, cuando me veo siempre sola entre estas cuatro paredes, aburrida, sin distracciones, no sé si resignarme a mi suerte o si rebelarme contra ella.

ART. Tranquilízate, Isabel. Estás exaltada y dices unas cosas que, cuando te serenes, tú serás la primera en censurarte a ti misma. ¡Ea! Tranquilidad. ¡Qué fuguilla eres! Voy a ver qué quiere ese Caracalla, que hace ya no sé cuántos días que anda tras de mí... (Haciendo mutis por la segunda puerta de la derecha.) ¡Ay, eres una fuguilla!... ¡Una fuguilla! (Vase.)

ISABEL (Al verse sola, muy furioaa.) ¡Eso! ¡Lo de siempre!... ¡Que soy una fuguilla!... Ea, pues no, no y no. (Da un fuerte golpe sobre la mesa y en el acto se arrepiente y dice con miedo.) ¿Lo habrá oído? (Echándose a llorar.) Soy muy desgraciada.

PEPITA (Que ha entrado en escena por la izquierda.) ¡Señorita!...

ISABEL Déjame llorar contigo, Pepita; ya sabes que yo te considero, no como una criada, sino como una amiga.

PEPITA Llore cuanto quiera la señorita, que yo procuraré consolarla. ¡Ay, los hombres! ¡Qué chusmaje!... (¡Jesús, qué palabra!) ¿Se ha peleado la señorita con el señorito?

ISABEL No, pero no me lleva al Real esta noche.

PEPITA ¿Y es por eso por lo que llora la señorita?

ISABEL (Furiosa.) Sí, por eso, por eso. Porque me veo dominada, humillada...

PEPITA Bueno, ¿pero la señorita ha sabido pedirle? ..

ISABEL He apelado a todos los recursos...

PEPITA ¡Bah! Alguno quedará todavía...

ISABEL Te aseguro que no

PEPITA Yo no hablo de los recursos corrientes, sino de los extraordinarios. Porque, mire la señorita, lo difícil para una mujer es pescar al hombre; vamos, casarse; pero una vez casada, la que no manda es porque no quiere.

ISABEL ¿Cómo?

PEPITA La señorita es demasiado cándida. Busca las cosas por el camino derecho, y no es por ahí por donde debemos buscarlas las mujeres. Claro, la señorita no tiene experiencia, como la señorita no ha servido en ninguna casa...

ISABEL ¡Qué disparates dices, Pepita!

PEPITA Quiero decir que yo he sido doncella de algunas señoras, que no lo eran, aunque lo parecían, y de otras, que no lo parecían y, sin embargo, lo eran; pues he aprendido muchas cosas y sé que en este mundo hay recursos para todo. Mire la señorita, serví yo a una señora muy señora; a la señora de Cantejo, que vaya una señora lista y ocurrente. En la Habana está ahora. Tenía un marido—y digo tenía, porque se murió—, que era un tío... ¡Ay, qué tío! ¡Viejo avaro!...

¡Dios lo haya perdonao! ¡Lo que hacía sufrir a la pobre señora!.., En un puño la tenía. ¡Hasta la pegaba!

ISABEL ¡Jesús!

PEPITA Bueno; pues aquel hombre, siendo como era la llevaba a donde ella quería ir. ¿A París? Pues a París. ¿A Roma? Pues a Roma. Ella decía: esta noche quiero ir al teatro tal, y a las dos horas entraba el marido con el billetaje. (¡Jesús, cómo estoy hoy!)

ISABEL ¿Y de qué medio se valía?...

PEPITA Pues le mandaba anónimos que parecían escritos por una mujer que estaba locamente enamorada de él.

ISABEL ¿Y el marido le daba crédito?

PEPITA Claro, ¿no ve usted que los hombres son muy vanidosos? En cuanto el vejestorio aquel recibía la cartita de la desconocida, diciéndole: «Si vas esta tarde a las carreras de caballos, te veré y seré la más venturosa de las mujeres», se tiraba al teléfono y pedía el coche.

ISABEL Sí, sí; pero Arturo es un marido fiel y no acudiría a la cita de esa supuesta enamorada.

PEPITA ¡Qué inocente es la señorita! El más fiel de los maridos—y yo no dudo que el señor lo sea—siente al menos curiosidad por descubrir quién es una mujer que jura adorarle. Tengo la completa seguridad de que si la señora apela a ese medio, va al Real esta noche. El primer anónimo, por lo menos, no falla.

ISABEL Mira, está tan interesado mi amor propio, que voy a imitar a la señora de... ¿cómo has dicho?

PEPITA De Cantejo.

ISABEL Eso, de Cantejo. Lo más que puede suceder es que el recurso no dé tampoco resultado. Aquí tenemos una máquina y yo soy una mecanógrafa excelente, de manera que manos a la obra.

PEPITA Pero, ¿qué va a hacer la señorita? ¿Escribirle a máquina?

ISABEL ¡Claro! De otro modo conocería mi letra, por mucho que la disimulase.

PEPITA Y así sospecharía que se trataba de una broma. Una máquina de escribir está al al-

cance de todo el mundo. Es preciso que el anónimo vaya escrito por mano de mujer y con su letra verdadera...

ISABEL Pero...

PEPITA No se apure la señora; yo escribo bastante bien, con perdón de la modestia, y como el señor no ha visto mi letra jamás, y tendré desde ahora buen cuidado de que no la vea...

ISABEL Pues vamos, vamos en seguida. Siéntate. (Obedece Pepita.) Una cuartilla, ¿verdad?

PEPITA Sí, señora. (Isabel se la da.) ¿No saldrá el señor?

ISABEL (Mirando por la cerradura de la segunda puerta de la derecha.) No: está muy sentado, hablando con ese hombre.

PEPITA Pues dícteme la señorita.

ISABEL Sí, espera... (Pensativa.) ¡Ya! Escribe. (Dictando.) «Una mujer que le quiere se alegraría de verle en el teatro Real esta noche.»

PEPITA ¡Jesús!

ISABEL ¿Qué?

PEPITA Que eso no convence. No está expresivo. Además, de que al escribir a un hombre a quien se quiere no debe hablársele de usted sino de tú.

ISABEL Tienes razón. Estás en todo. Claro, yo, como es la primera vez...

PEPITA ¿Quiere la señorita que yo redacte la carta?

ISABEL Sí, sí.

PEPITA Pues observe entre tanto la señorita, no sea cosa que nos sorprendan...

ISABEL Tienes razón. (Vuelve a mirar como antes.)

PEPITA (Escribiendo.) «Ingrato. Parece mentira que no hayas comprendido que te adoro, llevando tanto tiempo de hacértelo ver...»

ISABEL Muy bien. (Se acerca a ella.) Y en efecto, tienes una letra preciosa.

PEPITA Iturzaeta.

ISABEL Sigue, sigue.

PEPITA (Escribiendo.) Si quieres saber quién soy, ve esta noche al Real, donde me descubrirás fácilmente... Fíjate en los palcos de la derecha y no tardarás en dar con la que lleva años de amarte en secreto.» ¿Eh? ¿Qué tal?

ISABEL Divinamente. El sobre; el sobre enseguida. Toma. (Rumor de voces dentro.) ¡Cuidado, que vienen!

PEPITA (Levantándose de un salto y alejándose de la mesa,

ocultando el papel y el sobre.) ¡Ay!... ¡Que no me vean!... (Se detiene y escucha.) Son los hermanos de la señorita que hablan con Mercedes.

ISABEL ¡Ay, qué susto!

PEPITA (Disponiéndose a hacer mutis por la izquierda.) Bueno, pues yo ahora...

ISABEL (Muy nerviosa.) Sí, vete.

PEPITA ¡Ah! Siga la señorita con la cara muy triste.

ISABEL No tengo motivos para ponerla alegre.

PEPITA ¡Ya lo creo que sí! La señorita va al Real esta noche. ¡Así lograra yo a ese hombre... Pero ese Arroyo es un criadero de truchas. (Suspirando ruidosamente.) ¡Ay!... (Se va.)

ISABEL Estoy muy nerviosa. Eso del anónimo, no... ¡Ay! Yo creo que he hecho una cosa muy mala.

VEN. (Por el foro, seguida de GONZALO.) No hemos tardado mucho, ¿verdad? Como sabemos que a don Alfonso el Sabio le gusta comer a la una en punto. (Sentándose.) ¿Sabes que estoy cansada?

ISABEL Claro; no tienes costumbre de madrugar...

GON. Pues en esa sillita no vas a descansar mucho.

VEN. Ya, ya; es un potro.

GON. Un potro desbocado. Yo, cuando vengo cansado, no me siento aquí ni por casualidad.

ISABEL Como que estos muebles tan incómodos los ha puesto aquí Arturo de intento para que la gente esté molesta y las visitas sean cortas.

VEN. Pero si viene alguna señora...

GON. Para Arturo no hay señoras; no hay más que clientes. El no es de esos abogados que tienen en su despacho rincones misteriosos con tapices orientales y cojines blandos y perfumados... Arturo es un abogado muy serio.

VEN. Hijo, cómo le defiendes.

GON. Porque le admiro.

VEN. ¿Que le admiras?

GON. Sí, señora.

VEN. ¿Hasta cuando tiraniza a su esposa?

GON. No la tiraniza; protesto. Lo que Arturo dice es que a él gatos no.

ISABEL ¿Eh?

VEN. ¿Cómo?

ISABEL ¿Eso del gato, es por mí?

VEN. ¿Es por mi hermana?

GON. ¡Es por mi abuela; caramba! Se trata de un cuento.

ISABEL (A Ventura.) ¿Pero tú has oído?...

VEN. (Levantándose y acercándose a ella.) ¿Eh? ¿Pero qué veo? Tú has llorado.

ISABEL No.

VEN. Ya lo creo que sí; tú has llorado; y yo voy a decirle a Arturo...

GON. (Al mismo tiempo.) ¿Ya empiezas tú a ver huellas de lágrimas?...

ISABEL (Al mismo tiempo.) Hazme el favor de no alborotarte, porque...

(Se abre la puerta de la derecha, segundo término, entra en escena CARACALLA seguido de ARTURO y ARROYO, y callan al mismo tiempo Ventura, Isabel y Gonzalo.)

VEN. (¡Jesús!)

ISABEL (¡Qué atrocidad!)

GON. (¡Caracalla!)

CAR. (A Arturo.) Esta tarde vienen aquí los cuatro testigos, quieran o no quieran. Yo soy muy rápido en todas mis cosas. ¡Carácter! Siempre he sido lo mismo; hasta para nacer fuí rápido: soy sietemesino...

ARROYO ¡Caramba!

CAR. Las dos veces que he robado, he robado por eso.

ARROYO Por sietemesino.

CAR. Por el afán de la rapidez, pollo.

ARROYO ¡Ah!

CAR. He visto un objeto, me ha placido y, en vez de ir a casa, coger dinero, volver a la tienda para comprarle, etc., etc., he dicho: «Esto es más rápido», y ¡zás! me lo he llevado.

ARROYO ¡Carácter!

ART. Bien; acompáñele, Arroyo.

ARROYO Por aquí. (Le indica la puerta del foro.)

CAR. Salud, y mandad, don Arturo. (A los demás.) A los pies de las damas.

GON. Buenas tardes. (Se van por el fondo Caracalla y Arroyo.)

ART. Es un hombre de cuidado; de mucho cuidado. No es posible hacer nada peor en siete meses. (Se dirige a la mesa de despacho.)

VEN. Bueno, pues ahora nos dirá don... Fuero Juzgo, qué ha sucedido durante nuestra corta ausencia, porque hemos vuelto y nos hemos encontrado a Isabel en un mar de lágrimas.

ISABEL ¡Por Dios, Ventura, qué exageración!

GON. ¡Qué bárbara!

VEN. (A Gonzalo.) Tú te callas.

ART. ¡En un mar de lágrimas! ¡Nada menos que en un mar!... ¿No sería un río un poco ancho?...

ISABEL Ventura exagera; Arturo, pero tú no debes tomar a chanza mis lágrimas, sean muchas o pocas.

ART. Si no es que me chanceo, Isabel, al contrario, me duele que sabiendo, como sabes, que no puedo acompañarte esta noche, te empeñes en disgustarte y en disgustarme. ¡Parece mentira que seas así! (Pausa. Por la puerta del foro entran en escena PEPITA y ARROYO. Vienen peleándose en voz baja, sobre todo Pepita, que echa chispas.)

PEPITA ¡Canalla!...

ARROYO (Imitando al gato.) ¡Fú, fú!...

PEPITA ¡Sinvergüenza!

ARROYO «Gut-moni.» (Se separan.)

PEPITA (A Arturo.) Señor.

ART. ¿Qué?

PEPITA Esta carta... Acaba de traerla una mujer... (Le da un sobre.)

ART. ¿Espera contestación?

PEPITA No, señor; se ha marchado.

ART. Bien. (Rasga el sobre y lee. Pepita inicia el mutis por la izquierda, cambiando una mirada de inteligencia con Isabel.)

ISABEL (A Pepita.) Avisa cuando esté la comida.

PEPITA Sí, señora. (Vase.)

ART. (Acabando de leer la carta que le dió Pepita.) ¡Pchs! ¡Qué tontería!... (Deja el papel displicentemente sobre la mesa.)

ISABEL (Que no le quita ojo.) (¡No hace caso del anónimo! Ya decía yo...)

VEN. Creo que los Reyes asisten esta noche a la fiesta.

GON. ¡Qué insistente eres, Ventura!

VEN. Te suplico que me dejes en paz.

ART. (Leyendo de nuevo la carta.) (Es letra de mujer, no cabe duda...)

ISABEL (Observándole.) (¿Eh?)

ART. (¡Alguna broma!...) (Guarda el papel en la carpeta, muy cuidadosamente.) ¿Qué localidad tienen ustedes para esa decantada fiesta?

VEN. Una platea.

GON. Sí; la platea siete.

ART. ¡Ah! Esa es de la izquierda, ¿no?

GON. ¡Claro!

ART. (Saca de la carpeta el papel que guardó y lo vuelve a examinar.) Entonces está...

VEN. ¿Cómo?

ART. Digo, que está enfrente de los palcos de la derecha.

VEN. Pero, ¿es que vas a tomarme el pelo?

ART. No, mujer, es que estaba distraído... (Se guarda el papel en el bolsillo del pecho.)

ISABEL (¡Ay, Dios mío!)

ART. ¿Y nada más que ustedes dos van a la platea?

GON. Hasta ahora, nada más.

VEN. So pena de que ustedes quieran acompañarnos...

ART. (Dudando.) Pues...

ISABEL (¡Ay, que diga que no, porque si me lleva al Real no lo hará por complacerme a mí, sino por complacer a otra, aunque esa otra no exista!)

ART. (Acercándose cariñosamente a Isabel.) Vamos, mujer, alegra esa cara.

ISABEL Déjame, déjame.

ART. Mucho tengo que hacer, pero no quiero que digas que te mortifico.

ISABEL (Nerviosa.) Yo no digo nada; palabra, que yo no digo nada, Arturo.

ART. Esta noche...

ISABEL ¡Ay, Arturo! ¿Qué vas a decirme?

ART. Que esta noche iremos al teatro Real.

VEN. ¡Por fin!

ISABEL (Dejándose caer llorando en una silla.) ¡Ay!... (Todos acuden a ella.)

PEPITA (Que ha entrado en escena por la izquierda y ha oído a Arturo, dice anunciando un poco picarescamente.) La señorita está servida. (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior, pero con mobiliario distinto. Aquellas sillas que daban sensación de incomodidad han sido sustituídas por otras comodísimas y de un gusto archi exquisito. Hasta hay un rincón oriental con divanes, tapices, cojines, etcétera, etc. Es de día. En el mes de Junio.

—

(Al levantarse el telón entra en escena por la puerta de la izquierda y guardando todo género de precauciones, PEPITA, la doncella.)

PEPITA (Atravesando la escena de izquierda a derecha, andando de puntillas.) ¿Qué traje traerá hoy? Con la americana gris y el pantalón de franela, me vuelve loca. (Suspira dolorosamente y se acerca con gran sigilo a la segunda puerta de la derecha.) ¿Está? (Mirando por la cerradurá.) Sí... ¡Y viene de chaquet! ¡Ay! (Suena el timbre del teléfono y se asusta.) ¡¡Ay!! (Reponiéndose.) Mejor: así le veré a mi gusto. (Abre la puerta de la derecha, segundo término, y dice hacia el lateral.) Señor Arroyo... Llaman al teléfono.

ARROYO (Dentro.) Voy.

PEPITA (Con entusiasmo y pena, al mismo tiempo.) ¡De chaquet! ¡Me ha dado la puntilla!... (Queda en actitud respetuosa.)

ARROYO (Entrando en escena muy serio.) Buenos días.

PEPITA (Humilde.) Buenos días. (En efecto, Arroyo viene vestido de chaquet: pero muy requetebién vestido, no una cosa cualquiera.) (Qué figura de hombre!...)

ARROYO (Al teléfono.) ¿Quién?... Sí... No... Don Arturo no está. Habla usted con su primer pasante. ¡Oh! ¡Señora!... (¡Lo que me gusta a mí

esta señora!...) (Hace señas a Pepita para que se vaya.)

PEPITA (Haciendo mutis por la puerta de la izquierda, suspirando rota de pena y comiéndoselo con los ojos.) ¡¡Ay!!

ARROYO (Accionando y visageando como si hablase cara a cara con la señora que le gusta.) No creo que pueda don Arturo ir a verla... (Entra en escena por la puerta del foro, GONZALO y se detiene al oir a Arroyo.) ¡Trabaja tantísimo!...

GON. Eso era antes. (Arroyo le hace señas de que se calle.)

ARROYO Hoy tiene una visita en el Supremo...

GON. (Irónico.) Sí, sí ..

ARROYO Luego, una junta.

GON. Sí, sí...

ARROYO Y después tiene citado aquí, al duque de Zegrí.

GON. Sí, sí...

ARROYO (Desflecadísimo.) Si desea usted que vaya yo en su lugar... (Pone una cara muy afligida.)

GON. (En hueso)

ARROYO Bien; le diré que ha preguntado usted por él... De nada. Adiós. (Deja el aparato y se muerde el labio inferior.) Tercera dama que pregunta hoy por el jefe y aún no son las doce.

GON. ¿Quién era ésta?

ARROYO ¡Casi nadie! La viuda de Andorva; esa morena corpuda, cimbrosa, pechisacada...

GON. La conozco.

ARROYO ¡Una episcopalidad de señora! Y que está por don Arturo que se peina con las uñas.

GON. Claro; habrá hecho con ella lo que con tantas otras .. Mucho tesón, mucho fuego para conquistarla y a los seis días «Ahí te quedas que me he cansado...» «No eres tú la que busco...» ¡Está loco!

ARROYO Lo que ha cambiado en ocho meses. La gente está asombrada.

GON. Como que no parece el mismo. Antes era con las mujeres como yo: yo veo una mujer guapa y como si viera un reloj de pared. Digo: «es muy hermosa, pero vamos, como si dijera: son las doce y veinticinco».

ARROYO (Con sorna.) Algo menos.

GON. Hablo en serio.

ARROYO No; si digo que no son más que las doce menos cuarto.

GON. ¡Ah!... ¿Pero ahora? ¡si es que da miedo! Como una mujer le mire con un poco de insistencia, se extremece, dice: «esta es ella» y se lanza a su conquista con un arrojo y con un estoicismo, que me río yo de Leónidas.

ARROYO ¡Y como no le marra una!... ¡Porque tiene una suerte!...

GON. Parece mentira que haga lo que hace teniendo una mujer como la que tiene, que es un ángel de Dios. No comprendo cómo se puede ser así. Ya ve usted que mi esposa es... vamos, ¿cómo diría yo? un poco... agria; bueno, pues yo no le he sido nunca infiel, ni se lo seré.

ARROYO ¡Don Gonzalo!

GON. ¡Ni se lo seré! ¡Traiciones, no!

ARROYO Lo peor de don Arturo, es que se mete en unas aventuras tan peligrosas... Ya ve usted la de ahora: porque ahora la que priva es la Baronesa de Castrillón. ¿No?

GON. Esa sí que es una perla, Arroyito.

ARROYO ¿Le gusta a usted?

GON. (Con fuego.) No es que me gusta; me entusiasma.

ARROYO Caramba, don Gonzalo.

GON. Es que pienso en ella y me despeino. (Recogiendo velas.) Bueno, cuidadito ¿eh? Me entusiasma, como me entusiasmaría una obra escultórica; porque eso es la Baronesa para mí, una obra escultórica...

ARROYO Y para mí. ¡Y qué escultura! Para llevarse todo el día copiándola. Si el marido no fuera un espadachín de tanto cuidado...

GON. Ahora, como está en París...

ARROYO De todas maneras. Si se entera y se planta en Madrid como ha hecho otras veces... ¡Pobre Jefe!

GON. A usted el cambiazo del jefe no le ha perjudicado en lo más mínimo: al contrario, a río revuelto...

ARROYO Y yo que soy capaz de pescar en una botella. Once mil pesetas llevo cobradas en lo que va de año.

GON. ¡Hola!...

ARROYO Y de sueldos fijos reuno ya siete mil quinientas.

GON. Así está usted de elegante.

ARROYO Pues por dentro estoy lo mismo. ¡Si me viera usted en elástica!

GON. ¿Yo? ¿Para qué?

ARROYO Aquí está ya don Arturo.

(Por la puerta de la izquierda entra en escena ARTURO. No parece el mismo del acto anterior. Viste elegantísimamente, se peina que da gusto el verle y en vez de quevedos de concha gasta monóculo.)

GON. ¡Hola, hombre! ¿Ya has amanecido?

ART. Y no sabes lo que te agradezco el que hayas venido tan pronto.

GON. Me asustó tu carta...

ART. Ahora hablaremos.

ARROYO Recuerde usted que a las doce y media tiene una vista en el Supremo...

ART. Sí, pero... (Después de cerciorarse de que nadie le escucha por detrás de las puertas y bajando un poco la voz.) no puedo ir, amigo Arroyo.

ARROYO ¿Eh?

ART. (Dándole un pliego doblado.) Le suplico vaya en persona y presente este certificado que me extendió anoche el Doctor Torregrosa. Estoy muy enfermo.

ARROYO (Con chufla, desdoblando el pliego.) ¿De enterocolitis aguda o de cólico nefrítico, como certificó el otro día?

ART. No sé qué habrá puesto ahora ese ganso.

ARROYO (Leyendo.) ¡Anda! Dice que está usted enfermo de los ojos y que debe permanecer vendado durante seis días.

GON. Claro; habrá dicho, puesto que no quieres tener vista, te vendaré los ojos.

ART. Corra usted, que van a dar las doce.

ARROYO Sí, señor. (Se va por la puerta del foro.)

GON. Bueno, ¿y qué te pasa que deseas verme con tanta urgencia y en cuanto me ves renuncias a la vista...?

ART. No juegues al vocablo porque no estoy para juegos, querido Gonzalo.

GON. Desembucha.

ART. Tú sabes algo de lo que me ocurre, ¿verdad?

GON. Yo sé que en ti no queda nada de aquel muchacho ejemplar que vivía consagrado a su casa y a sus pleitos. Sé que hoy eres un calavera desenfrenado; que descuidas tus asuntos; huyes de tu casa y tienes cada quince días un lío diferente.

ART. No exageres, hombre.

GON. Negarás que llevas hechas en menos de un año diez conquistas a cual más ruidosa.

ART. Aunque fuera cierto, en el fondo todas se reducirían a una nada más... ¡A una sola!.,. y esa... esa, no la he hecho todavía.

GON. No te comprendo.

ART. Para mí no hay más que una mujer en el mundo, Gonzalo: tú lo sabes.

GON. La de los anónimos.

ART. Sí; la de los anónimos.

GON. Yo creo que has perdido el juicio, palabra: ¡Mira que correr como un loco detrás de una persona que no puedes asegurar siquiera que exista!

ART. ¿Pues no he de asegurarlo?

GON. Hombre... puedes estar siendo víctima de una broma. En definitiva, ¿qué sabes de esa mujer? Que te ha escrito media docena de anónimos diciéndote que está enamorada de ti y que vayas a tal o cual sitio.

ART. ¿Y te parece poco?

GON. Me parece poquísimo, sobre todo teniendo en cuenta que nunca ha acudido a las citas que te ha dado.

ART. ¿Y qué sabemos si ha acudido o no?

GON. ¿Ahora salimos con esa?

ART. Claro: lo que ha sucedido es que yo me he fijado siempre en otra que no era ella, y como he tenido la suerte de gustar también a esa otra y que al cabo me correspondiera...

GON. ¡Pobre Isabel!

ART. Déjate de sensiblerías. Ya sabes que, aunque la engaño, cubro las formas.

GON ¿Qué has de cubrir? Las dejas completamente al aire: a la moda.

ART. Te aseguro que soy ahora más exquisito, más cortés con ella que nunca; y si es verdad que le soy infiel, procuro, en cambio, darle ciertas compensaciones.

GON Aludes al regalito que la traes cada vez que cometes una nueva infidelidad, ¿no? Va a terminar por poner una joyería con tanto regalo.

ART. El de hoy será el último.

GON. ¡Cómo! ¿Pero hoy también?...

ART. Sí, por eso no puedo asistir a la vista, hombre. Estoy citado a las doce y media... ¡Con ella! ¡Por fin la he encontrado!

GON. Entonces, lo de la Baronesa de Castrillón...

ART. Para eso precisamente te he llamado. Es necesario que me libres de esa mujer. Yo he sabido desprenderme de las otras cuando ha llegado el momento, pero de ésta es imposible. De ésta vas a librarme tú.

GON. ¿Yo?

ART. Sí; a ti te gusta.

GON. ¡¡Arturo!!

ART. A ti te gusta.

GON. ¡A mí no me gusta más mujer que la mía!

ART. ¡Miau!

GON. Yo no soy como tú.

ART. A ti te gusta, y tú a ella le eres simpatiquísimo, que es lo que tú ignorabas.

GON. (Satisfecho.) ¡Mi madre!

ART. ¿Estás viendo?

GON. Hombre, hombre, no confundas: la noticia me halaga, porque soy de carne y hueso.

ART. Más hueso que carne.

GON. Como quieras; pero de eso a traicionar a Ventura, media un abismo. Además, que me resulta hasta ofensivo el que pretendas que cargue yo con ese mochuelo porque a ti te convenga... Que me domine mi mujer, mal está, pero que quieras también dominarme tú...

ART. Escucha, gaznápiro. ¿Llamas mochuelo a la baronesa?

GON. Llamo mochuelo al marido.

ART. Está en Francia.

GON. Pero puede volver, y ya sabes cómo las gasta. Es un profesional del duelo. El año pasado malhirió a tres de sus adversarios, sin contar a otro que mató no sé dónde.

ART. Por lo mismo, es de esperar que a nosotros nos perdone la vida. No va a convertir al mundo en una necrópolis.

GON. ¡Ah! ¿Pero es que lo echas a broma?

ART. Al contrario; porque lo tomo muy en serio es por lo que te suplico que vayas a ver a la baronesa en mi nombre y le quites de la cabeza ese disparatado proyecto de venir a verme.

GON. ¿Eh? ¿Pero piensa venir?

ART. Sí; con el pretexto de consultar conmigo como abogado sobre su divorcio. Así me lo anuncia. Claro, como llevo una semana sin

parecer por allí, está desesperada. Qué, ¿vas a ir?

GON. Sí, voy a verla, pero muy en serio y para evitarte un grave disgusto. Sé que Isabel conoce tu devaneo con esa mujer, y si la ve aquí, en su propia casa...

ART. ¡Figúrate! Me harás, querido Gonzalo, el más señalado de los servicios. Anda, vé, corre.

GON. Voy, sí, voy. Veré a esa desgraciada; pero voy como iría un misionero.

ART. ¡Quién lo duda!

GON. Yo no soy como tú. Yo soy un espartano. Un kuákero.

ART. Lo sé; y espero que la convencerás, porque ella es mujer impresionable y me consta que le gustas.

GON. (Extremeciéndose y sin poder ocultar su satisfacción.) Hasta luego. (Se va por el foro.)

ART. A ver si llega a tiempo de evitar el conflicto, porque esa mujer es capaz de todo (Consultando su reloj.) Bueno, no hay tiempo que perder.

ISABEL (Entrando en escena por la izquierda.) Cómo, ¿todavía aquí?

ART. Ahora mismo iba a marcharme: como sabes, tengo, a las doce y media, una vista en el Supremo.

ISABEL Sí, ya lo sé. ¿Has pedido el coche?

ART. Sí. ¿Acaso tú lo necesitabas?... Porque si lo necesitas...

ISABEL No, no pienso salir hasta luego.

ART. No olvides que esta noche nos toca la Princesa...

ISABEL ¿Vamos a ir?

ART. ¿Qué duda cabe? Y mañana tenemos té en casa de Guevara y por la noche la comida en la legación.

ISABEL Yo creo que a una de esas dos cosas podríamos excusarnos.

ART. ¿Excusarnos? ¿Por qué?

ISABEL Por Dios, Arturo, porque llevamos demasiadas fiestas seguidas. Conviene descansar un poco...

ART. Cualquiera os entiende a las mujeres. Antes te quejabas porque decías que te tenía siempre encerrada en casa, y ahora que soy yo quien quiere que salgas, eres tú quien se niega...

ISABEL Hijo, esa es la vida. Ambicionar lo que no se tiene. Te aseguro que no me explico cómo he cifrado la felicidad en ir a teatros y reuniones. ¡Era tanto más feliz antes, contigo, en nuestra casa siempre, ayudándote en tu trabajo!... Mira, es preciso que volvamos a nuestras viejas costumbres. La vida que hacemos es destructora de la felicidad y del cariño.

ART. ¡Vaya una ocasión que escoges para hablarme de esas cosas!

ISABEL ¿Eh? ¿Por qué?

ART. Porque no tengo tiempo de refutarte: me quedan los minutos justos para llegar...

ISABEL Sí, es verdad; perdona. Vete; vuela. Estoy segura de que hoy vas a estar más elocuente que nunca.

ART. Falta me hace...

ISABEL No temas: conseguirás un gran triunfo.

ART. ¿Tú crees?

ISABEL Volverás vencedor, no lo dudes. Hasta luego.

ART. Hasta luego. (¡Pobrecilla!) (Se va por el foro.)

ISABEL Gracias a Dios que vuelve a la abogacía. Acaso sea el principio de la enmienda.

PEPITA (Entrando en escena por la izquierda.) ¡Señorita!... Noticias, traigo noticias.

ISABEL ¿Buenas?

PEPITA Superiores. Acabo de hablar con mi primo Pepe, el ayuda de cámara del barón.

ISABEL ¿Y qué te ha dicho? ¿A qué ha venido el barón a Madrid? ¿Está enterado de las relaciones de su mujer con Arturo? ¿Viene resuelto a tener un lance? ¿Matará a mi marido? ¿No habrá medio de evitarlo?...

PEPITA Calma, señorita; no se ponga usted nerviosa, porque las noticias son de lo mejor. Verá usted; el señor Barón no está en vísperas de tener ningún desafío.

ISABEL ¿Por qué lo sabe?...

PEPITA Porque él se prepara mucho cuando proyecta un duelo. Se pasa quince o veinte días ejercitándose sin salir de las salas de armas, y ahora hace más de seis meses que no pone los pies en ellas.

ISABEL Eso no prueba nada, Pepita. Ha podido ser ayer mismo, al llegar, cuando se ha enterado de la infidelidad de su esposa.

PEPITA Dice Pepe que no debe tener sospechas,

porque entre él y ella no ha habido ninguna escena desagradable.

ISABEL Entonces, tú crees que debo estar tranquila.

PEPITA ¿Cómo tranquila? ¡Tranquilísima! ¡Cuando yo se lo digo!...

JUAN (CRIADO, por el foro,) Señora...

ISABEL ¿Qué?

JUAN El señor barón de Castrillón manda preguntar que dónde podría ver ahora mismo a don Arturo.

PEPITA (Estupefacta.) (¡Ay, Dios mío!)

ISABEL (Nerviosísima.) Pues en... En el... ¿Pero?..

JUAN Yo le he dicho que el señor acaba de salir...

ISABEL (A Pepita.) El Supremo es el gran sitio, porque allí, ante el tribunal...

PEPITA Claro, allí no va a...

ISABEL (A Juan.) Dígale que el señor está ahora en el Supremo, donde tiene una vista. (Juan se inclina y se va por el foro.) ¿Estás viendo, Pepita? ¡Si la catástrofe era inevitable! El Barón ha sabido la conducta de su esposa por alguna delación y ha vuelto por eso. ¡Qué conflicto, Pepita; qué conflicto!... ¡Y pensar que yo tengo la culpa de todo!... Es decir, yo sola no... Tú la tienes también por haberme aconsejado que le escribiera el primer anónimo. ¡Ay, Dios mío! He llegado a tal situación, que para mí ya es lo de menos que mi marido me engañe. Tengo que sufrirlo resignada, puesto que soy yo quien lo ha querido... Lo horrible es pensar que el Barón puede matarle y que voy a ser yo la causa de su muerte.

VEN. (Que ha entrado en escena por el foro y ha oído las últimas palabras de Isabel.) Tranquilízate. No irán tan lejos las cosas.

ISABEL ¿Eh? Ventura..

VEN. Ya me he ocupado yo de ponerles remedio; pero no te oculto que se habla mucho por ahí de la inesperada llegada del Barón y de su inminente desafío con Arturo.

ISABEL ¡Jesús!

VEN. Pura fantasía, como podrás comprender.

ISABEL ¡Ojalá!

VEN. Pero como te digo una cosa te digo otra; para evitar que la novela se convierta en realidad, hay que apelar a una medida enérgica.

ISABEL ¿Cuál?

VEN. La que te dije ayer: que tu marido salga de Madrid inmediatamente; hoy mejor que mañana.

ISABEL ¿Y cómo se consigue eso, Ventura.

VEN. También te indiqué anoche el modo; el único modo eficaz de lograrlo: un nuevo anónimo.

ISABEL ¡No! ¡No me lo propongas siquiera! Esos anónimos han sido la causa de mis desdichas y no volveré a valerme de ellos jamás. Piensa en otra cosa. Esa es imposible.

VEN. Para probarte que no lo es, te diré que... ya está hecha.

ISABEL ¿Eh? ¡¡Ventura!!

VEN. Hace dos horas que puse yo misma la nueva carta en el correo.

ISABEL ¿La has escrito tú?...

VEN. No, mujer; la ha escrito Pepita, como siempre.

ISABEL ¿Cómo?... ¿Te has atrevido sin mi permiso?

PEPITA (Humildemente.) La señora me lo ordenó, prometiéndome hacer algo por mí cerca del señor Arroyo.

ISABEL ¡Está muy bien!

PEPITA Además, como era para bien de la señorita...

VEN. (A Pepita.) No se disculpe: yo lo haré por usted, pero déjenos que hablemos a solas. (Pepita se inclina y se va por la puerta de la izquierda.)

ISABEL ¿Qué has hecho, Ventura?

VEN. Lo que es preciso. Hay que salir de esta situación quitando de enmedio a tu marido, para que el Barón no haga con él una barrabasada y para que el mismo Arturo deje de llevar la vida que lleva.

ISABEL ¿Pero qué le dices en ese anónimo?

VEN. Que si quiere encontrar a la mujer que le adora en secreto, tiene que salir para Zarauz. Escogí a Zarauz porque me dijiste que deseabas veranear allí este año.

ISABEL Bien, sí; continúa.

VEN. Tiene que salir para Zarauz e instalarse en el pueblo o en sus alrededores donde ella iría a buscarle, etcétera, etcétera. ¡Una de ternezas y de detalles!... ¡Le echo un piropo más nuevo!

ISABEL ¡Cuando considero que soy yo quien le ha

arrastrado a eso!... Porque él era bueno; lo es todavía... Siente remordimiento cada vez que me engaña... Ya ves que está constantemente trayéndome obsequios...

VEN. ¿Y tú se los agradeces?

ISABEL No lo sé. Cada regalo que me trae, como sé lo que significa, es un puñal que me clava; pero al mismo tiempo veo en ellos una prueba de que siente hacerme desgraciada.

VEN. Eres imbécil. Si Gonzalo se atreviera a traerme a mí un regalito por esta causa...

PEPITA (Entrando por el fondo con una tarjeta.) Señora, esta tarjeta.

ISABEL (Leyendo.) «Elena Espinosa de Bustamante.» No sé quién es.

PEPITA Es una señora joven, de aspecto distinguido. Me ha dicho que usted no la conoce, pero que la suplica que la reciba un momento.

ISABEL ¿La dijiste que estaba en casa?

PEPITA Se lo dijo el portero.

VEN. Recíbela. Puede ser algo que te interese.

ISABEL Dila que pase. (Vase Pepita por el foro.) ¿Quién podrá ser?

VEN. Sabe Dios. Pronto vas a salir de dudas.

ISABEL Dices bien. (Al ver a ELENA en la puerta del foro.) Adelante, señora. (Elena es joven, bonita, elegante.)

ELENA (Un poco cortada.) ¿Tengo el gusto de hablar con la señora de Garcés?

ISABEL Para servirla. Usted dirá en qué puedo serla útil... (Le indica que se siente.)

ELENA (Sin sentarse.) Ante todo, perdone mi atrevimiento. Me he permitido venir a su casa para hablarle de un asunto delicado y... secreto, que convendría oyese usted a solas.

VEN. (Disponiéndose a marchar.) En ese caso..

ISABEL No, no te vayas. Ventura. Lo que puedo oir yo, creo que podrá oirlo igualmente mi hermana.

ELENA ¡Ah! Esta señora es...

ISABEL Hermana mía.

ELENA Entonces no tengo inconveniente en hablar en su presencia. Estoy segura de que ella misma me perdonará lo que dije cuando sepa de qué se trata.

ISABEL Siéntese. Y crea usted que ya siento una verdadera curiosidad. (Se sientan las tres.)

ELENA Pues voy a satisfacerla al momento, ahorrando todo preámbulo. Señora, vengo a pedir a usted la paz de mi vida.

ISABEL ¿Tengo yo eso en mi mano?

ELENA Sí; porque yo he sido venturosa en mi matrimonio hasta que tuve la desgracia de encontrar a su marido.

ISABEL ¿Eh? ¿Mi marido?...

ELENA Viene haciéndome víctima desde hace cerca de un año de la más implacable de las persecuciones.

VEN. ¿A usted también?

ISABEL ¡Dios mío!

ELENA Comprendo que vengo a causarle un dolor y por eso he vacilado mucho antes de resolverme a dar este paso, pero usted debe comprender también que yo tengo derecho a la tranquilidad. Mi marido es un hombre violento y celoso y estoy temiendo a cada instante un grave conflicto, porque ya ha empezado a darse cuenta de lo que sucede.

VEN. De manera que el... caballero...

ELENA Me sigue a todas partes, pasa constantemente por debajo de mis balcones, ha llegado a escribirme una carta...

ISABEL ¿Es posible?

ELENA Mi situación es intolerable. Por eso me he decidido a venir a verla—aunque ya se figurará usted el esfuerzo que me cuesta—, para decirla: «Señora: por usted y por mí, puesto que a las dos debe interesarnos igualmente, haga usted que cese el asedio de su esposo.»

ISABEL Discúlpelo, señora. Sufre una perturbación, sin duda pasajera, y yo procuraré... Pero dígame: ¿cuándo y por qué motivo empezó la persecución a que se refiere? Usted no puede haber dado pretexto...

ELENA De una sola imprudencia tengo que acusarme; imprudencia bien leve, como usted misma juzgará. Hace ya bastantes meses hubo en el Real una fiesta benéfica, una velada que organizó la de Cillieza...

ISABEL Sí, sí, recuerdo; el veintiuno de octubre...

ELENA Justamente.

ISABEL Estuve en ella con mi marido.

ELENA Yo también asistí y de eso arranca todo...

ISABEL ¿Eh?

VEN. Es curioso. Diga, diga...

ELENA Por aquellos días su esposo acababa de ganar un pleito, que había hecho mucho ruído.

ISABEL El de la falsedad del testamento de aquel Duque...

ELENA Cabal. Era el hombre de moda en Madrid, y yo tenía cierta curiosidad por conocer a una persona de la que se hablaba con tanto encomio. Alguien me dijo que estaba en el teatro y me indicó quién era. Yo entonces le miré atentamente con los gemelos. No pasó más. ¡Quién me hubiera dicho que aquella mirada había de ser la causa de la desdicha de mi vida!

VEN. ¿Estaba usted en un palco de la derecha?

ELENA Sí, señora.

VEN. Pues no me diga usted más.

ELENA (Extrañada.) ¿Eh?

VEN. (A Isabel.) Figúrate, en un palco de la derecha y le miró insistentemente...

ISABEL Como las otras dos; solo que esta señora es una persona decente y las otras dos... (Suspira.)

ELENA No alcanzo a comprender...

ISABEL A veces suceden cosas incomprensibles, señora. Bástele con saber que yo haré cuanto esté en mi mano por librarla del asedio de mi marido.

VEN. Y yo le aseguro, por mi parte, que auxiliaré a mi hermana. Por fortuna, Arturo va a ausentarse muy pronto de Madrid.

ELENA (Levantándose.) Confiada en eso me retiro, pidiéndoles de nuevo perdón por la imprudencia.

ISABEL (Que ha tocado un timbre, a Pepita que se detiene en el fondo.) Acompaña a esta señora.

ELENA Excuso decirle que mi amistad...

ISABEL Puede usted contar con la mía desde ahora.

ELENA Y en cuanto al secreto de esta visita...

ISABEL Vaya usted tranquila; a las dos nos interesa igualmente. (Una inclinación ceremoniosa y se va Elena por el foro precedida de Pepita.)

ISABEL ¡Qué vergüenza, Ventura!... ¡Qué vergüenza!

VEN. ¿Te convences de la necesidad de hacer que Arturo salga de Madrid al momento; de cortar de raiz esta vida?...

ISABEL Sí; has hecho bien; es necesario; es indispen-

sable. ¿Eh? (Por la puerta del foro entra en escena ARROYO.) ¡Ah! Es Arroyo.

ARROYO Buenos días. ¡Ah! ¿Qué tal, señora? (Saluda a Ventura.)

VEN. ¡Pero qué elegante, señor Arroyo!

ARROYO ¡Pchs!...

VEN. ¿Tiene usted vista?

ARROYO No, señora; aunque bien mirado, y perdone el chistecito, con esta ropa tengo vista, no cabe duda.

VEN. Ya, ya sé sus triunfos. Hay una persona que se interesa mucho por usted y que me tiene al corriente... (Mira a PEPITA que ha entrado en escena por el foro y se dispone a hacer mutis por la puerta de la izquierda.)

ISABEL Pepita...

PEPITA Señora...

ISABEL Llévese ese servicio... (Por una bandeja que habrá sobre la mesa con una botella y unas copas.)

PEPITA Sí, señora.

VEN. (A Arroyo, por Pepita.) Está loca por usted, y es usted injusto con ella.

ARROYO No, si yo sé apreciar todo lo que vale.

PEPITA (Haciendo mutis por la izquierda.) Yo necesito oir. (Vase.)

ARROYO Y le aseguro a usted que si alguna vez me caso, que lo dudo, no me casaré más que con Pepita. (Suena dentro un gran estrépito de cristalería que se rompe.)

TODOS ¿Eh?

ISABEL ¡Adios, botellas y copas y todo! ¡Esa criatura!...

VEN. ¡La pobre!

ISABEL ¿Qué ha sido, Pepita?

PEPITA (Nerviosísima, en la puerta de la izquierda, acondicionando en la bandeja los restos de las copas y de la botella, que se han hecho cisco.) Nada, señorita; nada, no se ha roto nada.

ISABEL ¡Ah! ¿No?

PEPITA No; no se ha roto nada. Es que... (Suspirando a Arroyo.) ¡Ay! Sin duda... (Se pincha con un vidrio.) ¡¡Ay!!...

ISABEL Anda, anda, vete.

PEPITA Sí, señora. (Se va tropezando con los muebles.)

VEN. (A Arroyo.) ¿No se lo dije? ¡Loca por usted! Es usted terrible.

ARROYO Un poco... «hacha» nada más.

ISABEL ¿Ha estado usted en la Audiencia, Arroyo?

ARROYO De allí vengo, señora. Fuí a llevar un certificado para que aplazasen la vista que tenía señalada para hoy don Arturo.

ISABEL ¡Ah! Entonces ese recurso que había de verse hoy en el Supremo...

ARROYO Hasta que no pase el verano...

ISABEL (¡Canalla! ¿Qué combinación tendrá hoy?)

VEN. (Aparte a Isabel.) ¿Qué te pasa?

ISABEL Arturo, que salió de aquí diciéndome que iba al Supremo, y ya has oído: no tenía nada que hacer allí. (Por la puerta del foro entra en escena GONZALO. Viene nerviosísimo, descompuestísimo.)

GON. (¡Atiza! ¡Mi mujer!) ¡Hola!... (Procura disimular.)

VEN. ¿Eh? ¡Qué cosa tan rara! ¿Tú aquí?

GON. (Azoradísimo.) No.

VEN. ¿Cómo que no?

GON. ¿Eh?

VEN. (Asustada.) ¡Ay! A ti te pasa algo, Gonzalo. Vienes descompuesto.

GON. ¿A mí? ¿Qué me va a pasar, mujer?

VEN. Sí, sí... (Cogiéndole una mano.) A ti te pasa algo. Estás frío.

GON. ¡Estás fresca!

VEN. Sí, frío, frío... Tócale, Isabel.

ISABEL (Cogiéndole la otra mano.) Lo que está es temblando.

GON. (Como un energúmeno.) ¿Yo? ¿Temblar yo? ¡¡De quién!! (Desafiando.) A ver; que vuelva a llamar a la puerta ese hombre. ¡Que entre de nuevo!...

TODOS (Extrañados.) ¿Eh?

VEN. ¿Quién va a llamar?...

GON. ¿Cómo?... ¿Pero yo qué he dicho?

VEN. (Escamada.) ¡Ay, ay, ay!... ¿De dónde vienes tú, cielo?

GON. ¿De dónde he de venir, mujer? ¡Pareces tonta! De... allí...

VEN. ¡Ah! De allí...

GON. Sí; del... Supremo, de oir a Arturo.

VEN. ¡Ya!...

ARROYO (¡Atiza, manco!)

GON. Tenía yo ganas de oírle alguna vez. Todo el mundo diciéndome siempre: «Qué pico, chico, qué pico», y yo, su cuñado amado, sin haberle escuchado ni ovacionado.

ISABEL Hombre, en verso.

VEN. ¿Verdad que sí?

ISABEL ¿Y cómo ha estado tu amado cuñado?

GON. ¡Oh!... ¡Qué bruto, chica! ¡Qué bárbaro!... ¡Qué parrafones!... Es que arrebata. A mí me ha hecho llorar.

ARROYO (¡Bueno!)

GON. Era un pleito de... Un pleito de... de eso; y a mí me caía cada lágrima...

VEN. Y las que te tienen que caer, precioso.

GON. ¿Qué dices?

VEN. Que es la primera vez que te cojo en un renuncio, cielo mío. Sabemos que Arturo no ha informado hoy en el Supremo; preciosidad.

GON. (Mirando angustiosamente a Arroyo.) ¿Eh? ¿Pero?...

VEN. Y vas a decirme ahora mismo de dónde vienes; encanto.

GON. (Sin saber qué decir.) Pues... No: mira... verás... es que yo no...

JUAN (El Criado, por el foro.) Señora...

ISABEL ¿Eh?

JUAN El señor Barón de Castrillón...

ISABEL ¡Ay!...

GON. (Muerto de miedo.) ¡Ocultadme!...

VEN. ¿Eh?..

GON. Ese hombre viene... (Aparte a Arroyo.) Por lo visto, me ha visto, y yo creía que no me había visto... ¡¡Que no entre!!...

ARROYO ¿Eh?

GON. Nada, que yo... (Habla con Arroyo en voz baja.)

PEPITA (Por la izquierda, precipitadamente.) Señora; el señor Barón...

ISABEL Sí; ya sé... (A Juan.) ¿Está en el recibimiento?

JUAN Sí, señora. Desea aguardar al señor.

PEPITA ¡Jesús!

ISABEL Claro, habrá ido al Supremo y le habrán dicho... ¿Qué hacemos, Ventura? ¿Qué opinas tú, Gonzalo?

GON. (Nerviosísimo). Yo no opino nada. A mí no meterme en líos. Yo no conozco al Barón ni a ninguna persona de su familia... (Registrándose los bolsillos. A Arroyo.) Deme usted un pitillo. (Arroyo se lo da y Gonzalo lo enciende nerviosamente.)

ISABEL Bueno; pero... (A Arroyo.) ¿Usted se figura a lo que viene?

ARROYO Sí, señora.

ISABEL ¿Está usted enterado?...

ARROYO Sí, señora.

GON. ¡A mí no meterme en líos!

ISABEL ¿Y qué me aconseja usted?

ARROYO Si el Barón busca a don Arturo con el propósito de encontrarle—ya usted me entiende—, le encontrará, de manera que es preferible que le encuentre aquí, en su propia casa. El Barón es un caballero, y no olvidará los respetos que debe a la casa de su rival.

PEPITA (Entusiasmada.) (Hablando es un arpa.)

VEN. Arroyo dice bien.

ISABEL (A Juan.) Que pase al salón y que espere. (Se va Juan por el foro.)

GON. En cuanto él entre en el salón, yo me voy y no vuelvo hasta que no se haya marchado...

VEN. ¿Y por qué te vas a marchar? ¿Qué te pasa a ti con el Barón, ricura?

(Pepita se va por el foro.)

ISABEL ¿Y si Gonzalo le recibiera y parara el golpe?

GON. ¡No!! Eso si que no. ¿Parar yo el golpe?... ¡¡Quiá!! No quiero saber nada de esto. ¡Ah! Y si hay duelo, yo ni enterarme. Mis ideas religiosas no me permiten... Espera. Voy a ver si está ya en el salón. (Se acerca a la primera puerta de la derecha y mira por el ojo de la cerradura.) ¡Sí! ¡Ahí está!... ¡Ea! Hasta luego.

VEN. ¿Pero a dónde vas, Gonzalo?

GON. Ya te lo diré después. (Se va por el foro.)

VEN. Pero óyeme; escucha... (Se va tras él.)

ARROYO (Debo prevenir a don Arturo. Si entra diciendo que viene del Supremo... Le esperaré en la calle.)

VEN. (Entrando de nuevo.) Nada: parece que ha perdido la razón. ¿Te explicas esto? ¿Sabe usted algo de lo que le ocurre?

ARROYO No lo sé, pero lo sabré. Aún puedo alcanzarle y le arrancaré la verdad. (Se va por el foro, diciendo.) Vuelvo en seguida. (Se va.)

VEN. Nunca me ha mentido de esta manera, ni jamás le he visto tan nervioso. ¿Qué será, Dios mío? ¿Se habrá atrevido a engañarme? Porque el constante ejemplo de Arturo...

ISABEL Vamos, calla, calla. Gonzalo es un santo: no dudes de él ni un momento.

PEPITA (Por el foro.) Señora...

ISABEL ¿Qué, Pepita?... ¿Le has visto? ¿Cómo viene? ¿Le notas algo extraño?

PEPITA Un poco excitado parece que viene, pero, vamos, no creo yo que mate hoy a don Arturo.

ISABEL ¡Jesús!

VEN. ¡Criatura!

PEPITA ¿Eh?

VEN. ¡Dices unos disparates!...

PEPITA No alcen mucho la voz. Aunque está sentado en el extremo opuesto del salón, si gritan las señoras podría oirlas... ¡Ah! He encargado a Juan que no le pierda de vista. Nosotras desde aquí podemos también espiar sus movimientos.

VEN. No conozco yo a Castrillón: voy a conocerle. (Se acerca a la primera puerta de la derecha y mira por el ojo de la cerradura.) Es joven y no tiene mal tipo. Un poco cursi. Claro, vistiéndose en Francia...

PEPITA (Reemplazándole en el observatorio.) ¿A ver?... Es muy ancho de espaldas: debe tener mucha fuerza... ¿Y qué es lo que mira? Parece un espejito.

VEN. Déjame. (La reemplaza.) No: no es un espejito. Es una pitillera.

PEPITA Es una pitillera, sí, señora: la traía en la mano y no hace más que mirarla y decir: «je, je, je»...» Pero una risita que da frío.

ISABEL ¡Ay! Yo tengo mucho miedo, Ventura.

VEN. Mujer, estamos aquí nosotras...

PEPITA ¿Eh? ¡Ay!...

ISABEL / VEN. (Asustadas.) ¡Qué!

PEPITA Que ahí está el señor.

ISABEL ¡Ay! Que no entre en el salón sin entrar antes aquí...

PEPITA No, señora, viene hacia acá.

ISABEL (A Pepita.) Déjanos. (Se va Pepita por el foro.)

VEN. Como me diga que viene del Supremo, le suelto una fresca.

ART. (Entrando por la puerta del foro.) Aquí me tienes ya de regreso. ¡Hola, Ventura!... No sabía que estuvieses aquí.

VEN. No quería marcharme sin tener el gusto de saludarte.

ART. Muy amable.

VEN. Del Supremo, ¿no? Ya me ha dicho Isabel que has tenido hoy una vista.

ART. No, no: no he tenido vista ninguna.

ISABEL ¿Eh?

ART. Envié un certificado acreditando hallarme enfermo. ¡Combinaciones! No me convenía que hoy se viese esa apelación.

ISABEL Como al salir me dijiste...

ART. Porque no quería hacerte saber a dónde iba, Como luego te enojas cuando te traigo algún regalo... (Saca del bolsillo un estuche.)

ISABEL ¿Eh? ¿También hoy?

ART. (Muy satisfecho.) También.

VEN. ¡Qué atrocidad!

ART. ¿Cómo?

VEN. Quiero decir que me admira tu manera de ser, siempre tan obsequioso, tan exquisito...

ART. ¡Bah!

ISABEL (Friamente.) En fin, muchas gracias.

ART. (Extrañado.) Parece que lo recibes con disgusto. ¿Te molesta que te demuestre mi cariño?

ISABEL Si me lo demostraras me harías dichosa, pero, ¿estás seguro de que ese obsequio no viene a probarme todo lo contrario?

ART. ¿Qué dices, Isabel?

ISABEL Bien sabes que no te he dado una queja nunca; que he fingido no enterarme siquiera de tu conducta durante estos últimos meses; pero hoy ya...

ART. ¿Qué es eso? ¿Vas a hacerme una escena delante de Ventura?

ISABEL No: te digo solamente que hoy ya no puedo fingir ignorancia porque tengo que suplicarte...—así lo he prometido—que dejes de perseguir a una mujer a quien persigues y tengo que anunciarte que está ahí, aguardándote el Barón de Castrillón.

ART. (Sin inmutarse.) ¡Ah! ¿Está ahí el Barón?...

ISABEL (Aparte a Ventura.) No se inmuta.

ART. (Si no llego a estar prevenido por Arroyo, me caigo del susto.) (Muy tranquilo.) Voy a ver qué quiere ese buen señor...

ISABEL (Deteniéndole.) ¡Arturo!

ART. ¿Eh?

ISABEL Pero, ¿no le temes?

ART. ¿Yo? ¿Por qué?...

ISABEL Es que...

ART. ¡Ah! Vamos: hasta ti ha llegado esa patraña... ¡Bah! Quién hace caso de calumnias.

ISABEL No me engañes, Arturo. Ese hombre es un espadachín. Ten prudencia. Despídele de cualquier modo.

ART. ¿Despedirle? ¿Estás loca?

ISABEL Es que puede venir...

ART. Venga a lo que venga.

ISABEL ¿Y si hay peligro para ti?

ART. Sería una cobardía no afrontarlo.

ISABEL ¡Arturo!...

ART. Dejadme: lo suplico.

VEN. (Aparte a Isabel.) Ven: desde aquí observaremos e intervendremos si es necesario. (Se van por la izquierda.)

ART. (Claro, éstas, vigilarán desde ahí... Arroyo está a la mira en el otro lado... ¡Bah! No hay por qué temer. Además, que con la idea que se me ha ocurrido... Sí: no hay más remedio que vivir, por lo menos hasta encontrarla, porque... (Muy abatido.) ¡Ay! .. ¡Tampoco era ella la de esta mañana!... Logré hacerla escribir y no era su letra... ¡Qué decepción! En fin; a ver cómo toreo yo este torito. (Abre la primera puerta de la derecha y dice hacia el lateral.) Haga el favor de pasar.

(Entra en escena el BARÓN DE CASTRILLÓN. Es un hombre joven, elegante, algo seco y tieso.)

BARÓN ¿Tengo el gusto de hablar con don Arturo Garcés?

ART. Para servirle.

BARÓN Soy el Barón de Castrillón: su casi vecino, puesto que vivimos bien cerca...

ART. En efecto... Siéntese y sírvase decirme a qué debo el honor...

BARÓN (Sentándose.) Gracias. (Saca una pitillera y le ofrece un cigarrillo.) ¿Fuma usted?

ART. No, gracias.

BARÓN ¿Le molestará el que yo?...

ART. ¡Qué disparate!... Es usted muy dueño.

BARÓN Gracias. (Enciende el cigarrillo.)

ART. (Creo que viene de buenas.)

BARÓN En París leo diariamente los periódicos madrileños y estoy al tanto de sus triunfos de usted como abogado.

ART. ¡Oh!

BARÓN Le felicito.

ART. Muchas gracias.

BARÓN (Tras una pausa.) Le extrañará a usted el que no le haya dicho ya el objeto que aquí me trae...

ART. No, no...

BARÓN Pero es que hay cosas que son difíciles de exponer...

ART. (Malo.)

BARÓN Sobre todo sin herir...

ART. (Un poco asustado.) ¿Eh?... Sí; claro...

BARÓN Ya usted me entiende.

ART. (Que no sabe qué decir.) ¡Oh!... ¡Uf!...

BARÓN En fin, allá va, sin más rodeos.

ART. (Tomando sus precauciones.) (¡Caracoles!)

BARÓN Yo, señor Garcés, estoy casado con una loca

ART. ¿Eh?

BARÓN Comprendo que en el diccionario hay palabras que retratan fielmente y hasta definen lo que es mi mujer, pero, vamos, yo quiero llamarla simplemente loca.

ART. Es usted muy benévolo.

BARÓN ¿Cómo?

ART. (Azorado.) No, nada, nada. Continúe. Estaba distraído...

BARÓN Por causa de las locuras de mi mujer, he tenido ya doce duelos.

ART. ¡Caramba! ¡Doce!...

BARÓN Sí, señor. He herido a nueve de mis adversarios y he matado a tres.

ART. ¡Qué espanto!

BARÓN He tenido suerte; porque entre doce...

ART. Sí, sí; pero, vamos; yo no intentaría el trece.

BARÓN ¿Eh?

ART. Claro, que yo soy muy supersticioso, y a mí el número trece me... me... A mí, ahora mismo, me ofrece usted trece mil duros y le digo: deme usted catorce mil. Y tratándose de... (Acción de herir.) ¡Quiá! ¡Nunca! Cuando menos se piensa... ¿Eh?

BARÓN No; si yo no he de volver a batirme.

ART. ¿Es de veras?

BARÓN No voy a pasarme la vida matando gente.

ART. (Colándose.) Eso decía yo... (Se reprime.)

BARÓN Creo que tengo mi valor suficientemente acreditado...

ART. (Contentísimo.) ¡Quién lo duda! ¡Ahí es nada! ¡Castrillón! Todos lo decimos diariamente: como Castrillón, nadie. ¡Nadie como Castrillón!

BARÓN (Después de inclinarse agradecido.) Además, que antes adoraba yo a la baronesa, y sus... rarezas con otros hombres, las llamaré así...

ART. ¡Oh, qué amable!

BARÓN Me contrariaban.

ART. Lo comprendo.

BARÓN Ahora, no; ahora adoro a otra mujer, a la que deseo unir mi vida.

ART. ¿Eh?

BARÓN Sí; adoro a madame Laguía, esa cantante tan nombrada.

ART. Sí; esa artista parisina divorciada tres veces...

BARÓN Justo.

ART. (¡Qué sino de criatura!)

BARÓN Y vengo a Madrid para divorciarme de la baronesa. Deseo emprender un largo viaje; y para ese viaje madame Laguía...

ART. Claro, quiere unirse ya a usted..

BARÓN Naturalmente. Conque usted me dirá si acepta o no mi representación para entablar el pleito de divorcio. Yo necesito quedar libre cuanto antes, quiera mi mujer o no. Usted tiene sobrado talento para orillar las dificultades.

ART. No sé si tengo o no talento, pero usted tiene suerte sin duda alguna.

BARÓN ¿Y eso?...

ART. No puedo aceptar la representación que usted me ofrece y que tanto me honra, porque precisamente ostento la de su esposa para ese mismo objeto.

BARÓN (Maravillado, poniéndose de pie.) ¿Eh?

ART. La baronesa, lo mismo que usted, desea divorciarse. Soy su abogado, y con tal motivo he ido varias veces a su casa...

BARÓN ¡Me hace usted feliz!

ART. Puesto que los dos quieren ustedes lo mismo, vea usted a cualquier otro letrado, que se aviste conmigo, y muy pronto verán ustedes satisfecha su aspiración.

BARÓN Desde luego, las causas del divorcio deseo que se me imputen a mí. Nadie lo creerá, pero es lo correcto. Yo apareceré como infiel, aunque se ría de mí el caballerete que ahora actúa de loquero...

ART. ¡Oh! No creo que la baronesa...

BARÓN Nunca falta un pobre idiota que esté preso en sus redes..

ART. Le aseguro que ahora se engaña.

BARÓN Qué me he de engañar, si hace un momento la he sorprendido en tierno y apasionado diálogo...

ART. ¿Eh?...

BARÓN El rendido dialogante, a quien no pude ver la cara, huyó como un gamo, dejando abandonada esta linda pitillera de oro. (Saca la pitillera de Gonzalo y la mira.) ¡G. G. G...!

ART. (¡Pobre Gonzalo! ¡El susto que habrá pasado!)

BARÓN Vea usted (Le da la pitillera,)

ART ¡G. G. G...!

BARÓN Es cosa de risa, ¿verdad?

ART. Sí... (Intenta devolverle la pitillera.)

BARÓN (Rechazándola.) Devuélvala a la baronesa de mi parte. No quiero poseer esa prueba...

ART. (Dejando la pitillera sobre la mesa.) Es usted uno de los hombres más exquisitos que he tenido el honor de tratar.

BARÓN (Alargándole la mano.) Señor Garcés...

ART Señor barón...

BARÓN No, no se moleste...

ART. No faltaría más...

(Se van los dos por la puerta del fondo.)

ARROYO (Entra sigilosamente por la primera puerta de la derecha. Trae varias cartas en la mano.) ¡Señores, qué suerte de hombre! Esto es salvarse, no en una tabla, en una astilla.

ISABEL (Con VENTURA, por la puerta de la izquierda,) Que no, Ventura, que no.

VEN. ¿Defiendes a Arturo?

ISABEL No le defiendo, pero te aseguro que el que... dialogaba con la baronesa cuando los sorprendió el barón, no era Arturo.

VEN. El barón dice que no le vió la cara.

ISABEL Pero el tipo, el aire, la ropa... Hay cosas que no se confunden. Al verle aquí le hubiera reconocido.

ARROYO Claro, señora. La gente habla tanto...

ISABEL Además, que...

VEN. ¿Qué, desgraciada? ¡Qué!... ¡Me dás lástima!

ISABEL Que Arturo no huye, como un gamo, de nadie.

VEN. ¡Bah!

PEPITA (Que ha entrado en escena por el foro, metiendo baza, porque no se puede contener.) Y hay otra prueba más, señorita.

ISABEL ¿Eh?

PEPITA Que el señor no fuma, y esta pitillera... (Coge la pitillera, la mira, pega un grito y la oculta.) ¡Ah!

TODOS (Asustados.) ¿Eh?

VEN. ¿A ver eso?

PEPITA No, no, no... ¡Si no es nada! Es que... (Dando nerviosa y disimuladamente la pitillera a Isabel.) Tome usted, señorita.

ISABEL (Mirando la pitillera.) (¡Jesús!)

VEN. (Escamadísima.) ¿Pero?...

ISABEL (Disimulando bastante mal.) Oye, Ventura, si te parece, nos ocuparemos ahora...

VEN. Mira, mira, enséñame esa pitillera y déjate de historias.

ISABEL ¿Eh? Pero...

VEN. Y déjate de historias. Es la de Gonzalo, ¿verdad?

ISABEL ¡Mujer!...

PEPITA ¡Por Dios, señora!

VEN. ¡Es la de Gonzalo, sí; por eso venía él tan descompuesto y por eso se fué cuando pudo salir sin ser visto por el barón. (Con grandísima energía.) ¡¡Dame la pitillera!!

ISABEL Toma. (Se la da.)

VEN. (Desesperada, sofocando un grito de rabia.) ¡¡Ah!!...

ART. (Entrando por el foro.) (Ritorno vincitor.)

VEN. (Con la pitillera en la mano.) ¡¡Canalla!!... ¡¡Canalla!!...

ART. (A Arroyo.) ¿Eh? ¿Qué es eso?...

ARROYO (Dándole las cartas que traía.) La pitillerita...

ART. ¡Jesús! ¡Pobre Gonzalo!

ARROYO Y decía que él no era capaz..

ART. (Al ver una de las cartas.) ¡Ah!... ¡Por fin'... ¡¡Letra suya!! (Disimula su alegría. rompe el sobre y lee la carta.)

ISABEL (Que le observa.) (¡Dios santo!...)

VEN. Siento que todo me da vueltas ..

GON. (Entrando por el foro con un paquete en la mano.) (Ya se ha marchado. Puedo estar tranquilo. Arturo tiene razón: un regalo contenta a la ofendida y le aligera a uno de remordimientos. ¡Lo que le va a gustar!...) (Muy sonriente a Ventura, mostrándole el paquetito.) ¡Cú.. cú!...

TODOS ¡Jesús!...

VEN. ¿Eh?... ¡¡Ah!! ¡¡Y con regalo!! (Rueda la pitillera a sus pies)

GON. (Aterrado.) ¡¡Mi pitillera!!

ISABEL ¿Qué has hecho, Gonzalo?

GON. ¡¡Las diez de últimas!!

VEN. ¡Dejadme sola! (Se dispone a sacarle los ojos. Gonzalo huye aterrado. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Hall de la villa que habitan en Zarauz Isabel y Arturo. Ventanal en chaflán, a la derecha. Puerta de entrada en este lateral y dos puertas en el lateral izquierda. Muebles del mejor gusto. Es de día, un día de agosto, a las cuatro de la tarde.

—

(Al levantarse el telón, están en escena ISABEL y VENTURA, sentados ante el ventanal. Isabel tiene en las manos un libro que lee. Ventura mira con unos prismáticos.)

ISABEL Es raro; son más de las cuatro y aún no ha pasado para San Sebastián el vaporcito del pescado.

VEN. Sí, mujer; pasó cuando estabas dormida.

ISABEL Como que este libro me adormece y hasta me anestesia; pero no tengo más remedio que leerlo; es cuestión de amor propio. Lo termino aunque me muera

VEN. ¿Qué libro es?

ISABEL El Quijote.

VEN. ¡Por Dios, Isabel!... ¡Cualquiera que te oyese!... Parece mentira que te expreses en esos términos al hablar de la más grande de las obras españolas.

ISABEL ¿Pero tú la has leído?

VEN. Yo no, pero eso no tiene nada que ver... (Mirando con los prismáticos.) Mujer, ya está en la playa el señor Arrascoeta con sus chicos. ¡Me gusta ese hombre porque es un padrazo! Se pasa el día jugando con sus hijos.

ISABEL Claro; como que está enamorado de la institutriz.

VEN. ¿Eh?

ISABEL Como no llevas en Zarauz nada más que tres días, no sabes aún qué puntos calzan los veraneantes.

VEN. Cuatro días lleva Arroyo, y mírale allí rodeado de muchachas, que nadie diría que está en vísperas de casarse.

ISABEL ¿Con quién se va a casar? ¿Con Pepita? Estás tu fresca. Terminaron el mismo día que él salió de Madrid.

VEN. Claro, ya me parecía a mí demasiado arre chucho; ponerse de nuevo en relaciones y a los dos meses hablar ya de casamiento. ¿Y por qué han terminado?

ISABEL No me lo ha dicho, ni yo he querido preguntarle... Pero, vamos, la ruptura no ha debido hacerle gran mella, puesto que aquí está divertidísimo. Hoy está organizando una excursión a Deva. Me figuro que irás.

VEN. ¡Qué se yo!...

ISABEL Sí, mujer; es preciso que te distraigas.

VEN. Eso quiere decir que te compadeces de mi viudez.

ISABEL No sé si vale la pena de compadecerte, porque estoy segura de que esa viudez será pasajera y no tardarás en reconciliarte con tu marido...

VEN. ¡Reconciliarme!... ¡Quiá! ¿Cómo voy yo a reconciliarme con semejante trasto? ¡Nunca!

ISABEL El mismo enojo que manifiestas, es la mejor prueba de que sigues queriéndole.

VEN. Te equivocas. Le he perdido la estimación.

ISABEL ¡Bah!

VEN. En serio; si bien no te oculto que desde que nos separamos amistosamente, le encuentro menos aborrecible.

ISABEL Claro; la ausencia aumenta el cariño; ya lo dijo la copla.

VEN. Déjate de coplas y de vulgaridades. No es la ausencia; es que los arañazos, que le dí aquella tarde, cuando él confesó que había estado en casa de la Baronesa...

ISABEL No me lo recuerdes. Creímos todos que le matabas. ¡Cómo sangraba el infeliz!

VEN. Pues esa sangre ha debido tonificarle, porque se ha corregido muchísimo del principal defecto que yo le encontraba.

ISABEL ¿Cuál?

VEN. La falta de energía y de carácter; aquella debilidad que me irritaba, porque tú sabes que a mí me gustan los hombres resueltos, arrojados...

ISABEL Sí, sí...

VEN. Pues hija, cuando menos podía esperarse, ha empezado a echar un geniecito, que, vamos; desde que no nos vemos parece otro.

ISABEL ¿Y cómo puedes apreciar el cambio, si no os veis?...

VEN. Sí, mujer; no te lo he dicho, porque no quería que Arturo empezara con bromas... Pero hemos tenido tres encuentros desde el día que nos separamos.

ISABEL ¿Tres encuentros en mes y medio?... No es poco.

VEN. Primero fué a buscarme a Valencia para tratar de la cuestión de intereses..., porque nosotros no tratamos ya más que de cuestiones de intereses... Hemos separado nuestros patrimonios. Cada uno administra y se gasta lo suyo...

ISABEL Sí, ya me lo dijiste...

VEN. Pues como las cuentas no quedaron bien claras, después de la entrevista de Valencia, tuvimos otra en Barcelona...

ISABEL ¡Ah! ¿Cuando fuiste con la Marquesa?...

VEN. Sí; en su casa nos vimos, precisamente. Figúrate que quería que los gastos de la casa de Madrid, que no hemos quitado, porque no sabemos qué hacer de los muebles, fuesen de cuenta de los dos. Yo me negué como comprenderás. La casa corresponde al esposo.

ISABEL Naturalmente.

VEN. Pues aún quiso cometer un nuevo abuso conmigo. Por eso nos vimos la tercera vez en Vitoria, donde me detuve ahora, hace unos días, al venir hacia aquí... ¿Querrás creer que se empeñaba en que fuese yo quien pagase una cuenta de modista atrasada?

ISABEL Habiendo convenido que cada cual pague sus gastos, lo encuentro justo.

VEN. Pero es que esa cuenta corresponde al tiempo en que aún no nos habíamos separado, y mientras un matrimonio no se separa, los gastos de la casa son todos de cuenta del marido.

ISABEL No serías tú mal abogado. Sabes defender los pleitos.

VEN. ¿Quieres que me deje engañar?... Y eso, que algo debe estar tramando después del encuentro de Vitoria, porque hace ocho días que no le veo... ¡Ocho días, que se dice muy pronto!

ISABEL Ya, ya...

VEN. ¡Sabe Dios lo de tonterías que estará haciendo en San Sebastián!

ISABEL ¡Ah! ¿Pero está en San Sebastián?

VEN. Sí, hija, sí y solo; figúrate... De seguro habrá conquistado ya a tres o cuatro.. «baronesas». Él no sabe hacer otras conquistas.

ISABEL Cualquiera diría que tienes celos...

VEN. ¿Yo?... ¡Por Dios, Isabel!... Ya puede tomar en traspaso un harem, que ni me inmuto. (Ríe Isabel.) Tú te ríes, Isabelita, pero eres bastante más afortunada que yo.

ISABEL ¿Lo dices en serio?

VEN. Mujer, por lo que veo, tu situación ha mejorado bastante.

ISABEL Qué se yo que te diga; ha mejorado y no ha mejorado al mismo tiempo. Es indudable que desde que estamos en Zarauz, Arturo es más cariñoso conmigo; trabaja de vez en cuando en sus asuntos que tenía olvidados... Pero estos buenos impulsos suelen ser pasajeros. A lo mejor hace excursiones a todas las villas, a todos los caseríos, por lejanos que estén; se marcha a San Sebastián y no regresa hasta las tres de la madrugada... Se conoce que se acuerda de nuevo de los malditos anónimos y vuelve a su obsesión de querer encontrar a esa mujer imaginaria.

VEN. No es poco que empiece a propender a la enmienda. ¡Ay, si Gonzalo fuera así!

ISABEL ¿Cómo vas a compararlos, Ventura? Tu marido no te ha engañado a ti más que una vez, en tanto que el mío...

VEN. Sí; pero el uno es... Gonzalo, y el otro es.. Arturo. Si es que cada vez que lo pienso, me pongo hasta mala. ¿Concibes tú que me haya engañado esa avefría, que no es capaz ni de devolver los arañazos que recibe? Reconóceme si quieres. ¿A que no me encuentras por ninguna parte la huella de sus

uñas? ¡Oh! ¡Es indignante!... ¡Estar casada con un hombre que no se atreve a contestar a los arañazos con un par de bofetones! Porque si él me pega, yo... (Como si le ahogara, le mordiera y le hiciera tiras.) ¡Jin!... ¡Am!... ¡Hum!...

ISABEL Quien no te conociera dirías que estabas loca.

VEN. Digo la verdad. Si quiere hacer el Tenorio, que lo haga del todo, pero que no se quede a medio camino. ¿Ha robado a doña Ines? Pues que no deje que le pegue el Comendador.

ISABEL Calla, que ahí viene Arturo. Cuando vuelve tan pronto, es señal de que no hay ninguna nueva bañista. Menos mal.

(Entran por la puerta de la derecha, ARTURO y ARROYO.)

ART. Hola.

ARROYO Buenas tardes.

VEN. ¿Qué es eso? ¿Cómo tan pronto?...

ART. Pues hija, que no hay brisa ninguna; la playa es un horno. ¡Uf! (Se sienta.) Leyendo, ¿eh?

ISABEL (Resignada.) No tengo más remedio.

ARROYO El Quijote, ¿eh?

ISABEL Sí. ¿Usted lo ha leído?

ARROYO No, pero lo leeré, lo leeré.

ART. A ver si hace usted lo que Gonzalo, el marido de ésta, que lo leyó en francés.

ARROYO ¡Qué bárbaro!... Dicho sea con perdón.

VEN. Desde aquí le hemos visto en pleno flirteo, amigo Arroyo...

ARROYO Estoy en la edad...

ISABEL Y lo dice tan fresco.

ARROYO Tan fresco no, un poco sudoroso, pero lo digo. Al flirtear no ofendo a nadie, puesto que soy libre.

VEN. ¡Y tan libre!

ARROYO Quiero decir...

VEN. No, si ya sé por Isabel que ha terminado usted con Pepita.

ARROYO Sí, señora.

ISABEL ¡La pobre!... Y no quiso venir a Zarauz por no alejarse de Madrid...

VEN. Me gustaría saber la causa de la ruptura.

ARROYO Pues mire usted, señora; no he querido decirlo hasta ahora porque, la verdad, me da

un poco de fatiga... pero hemos terminado porque yo creo que ha perdido el juicio.

TODOS ¿Eh?

ARROYO Que yo creo que está loca.

ISABEL ¿Es posible?

ARROYO Verá usted; nosotros estábamos a partir un piñón, entusiasmadísimos, y arreglándolo todo para casarnos en octubre. Bueno, pues de pronto recibo yo la carta de don Arturo y le digo: «Mira, Pepota; me voy quince días a Zarauz para hacer unos trabajos con don Arturo.» Y me dice ella: «Muy bien». «Tú me escribes todos los días y como si continúaramos juntos.» Y va ella, se levanta de un salto y me dice: «Mira, Decoroso; cartitas no». Figúrense ustedes cómo me quedé. «Pero criatura, separándonos quince días, ¿no vas a escribirme?» «Según; si te vas a Cádiz te escribo, si te vas a Valencia o a Badajoz te escribo, pero yo a Zarauz no te escribo.»

ISABEL ¡Claro!...

ARROYO ¿Cómo, claro?

ISABEL (Recogiendo velas.) Digo, que claro, que está loca.

ART. Sin duda.

ARROYO Como que yo le decía: «Pero ven acá, mujer, ¿a ti qué más te da Cádiz que Zarauz?» «Que no; que Zarauz está en el Norte, y yo no miro al Norte aunque me hagan brújula.» ¿Les parece a ustedes la salidita?...

VEN. ¡Pobre muchacha!

ARROYO Yo ví el asunto diáfanamente y pensé: una de dos, o está de una mochalez que contagia, o busca un motivo para que acabemos. Bueno, pues terminaremos de una vez, y... terminamos.

ART. Naturalmente.

ISABEL ¡Y pensar que siempre ven las cosas los hombres con la misma diafanidad!...

ART. ¿Eh?

ISABEL No; nada.

ARROYO Eso de casarse con una loca tiene sus quiebras.

VEN. Quién lo duda.

ARROYO Cuando menos se espera, coge un puñal, entra sigilosamente donde está el marido, y...

VEN. (Que mira sin prismáticos por la ventana, pega un grito que asusta a todos.) ¡¡¡Ah!!!...

ARROYO Por Dios, señora, no ha sido para tanto... Yo describo bien, pero, vamos, no creo...

VEN. (Muy nerviosa.) No, no; si es que...

ARROYO (Mirando hacia la puerta de la derecha.) ¡Ah! ¡Vamos!

(Por la puerta citada entra en escena GONZALO. Viene muy serio y muy altivo.)

GON. Buenas tardes.

ISABEL ¡Gonzalo!...

ART. ¡Querido Gonzalo!...

GON. (Secamente.) Perdonad que venga a turbar un momento la paz de vuestra vida veraniega.

ART. Hombre, por Dios... Tú vienes siempre a tu casa.

ISABEL A casa de tu familia...

ART. Claro.

GON. Yo no tengo ya familia. Me extraña que esta... señora no os haya dado cuenta de nuestra ruptura.

VEN. Esta señora ha dicho a todos que estamos separados definitivamente.

GON. Esa es la palabra.

ART. Vaya, vaya; dejad actitudes de melodrama y hablemos con formalidad.

GON. ¿Eh? ¿Pero piensas que hablo en broma? No, Arturo, no; estaba ya muy harto; ¡¡muy harto!!

VEN. Ignoro cual es la actitud de este caballero; lo que aseguro es que la mía es irreductible.

GON. Este... caballero, está aquí a cumplir con un deber; mejor dicho, con dos deberes; pero decidido a volverse a San Sebastián en el tren de las seis y veinticinco.

ART. ¿Y cuáles son esos deberes que reclaman tu presencia en Zarauz?

GON. Conferenciar muy brevemente con mi ex esposa y contigo, sobre asuntos del más vivo interés.

ART. Tú dirás por quién quieres empezar.

GON. Tratándose de una dama, como la galantería no está reñida con las disensiones conyugales, empezaré por Ventura.

VEN. ¿Por Ventura? ¡A mí no me trate usted con esa confianza!...

GON. Tiene usted razón. Me he equivocado.

ISABEL Decididamente estáis locos. Vámonos nosotros al jardín y dejémoslos solos, a ver si esa conferencia que tienen que celebrar les hace entrar en razón.

ART. Avisa cuando hayas terminado.

GON. En seguida. Te repito que he de irme en el tren de las seis y veinticinco.

ARROYO Si lo deja usted para el de las siete y media nos vamos juntos.

GON. Ya hablaremos. (Se van por la izquierda Isabel, Arturo y Arroyo.)

VEN. Dígame usted pronto lo que tenga que decirme y acabemos de una vez.

GON. Calma, señora; un poco de calma. Se trata de una cuestión muy seria.

VEN. Alguna necedad; estoy segura. ¡Ya estoy harta de necedades!

GON. ¡Eh! ¡Eh!... Mucho cuidado con levantar la voz, y sobre todo con las palabras gruesas. Usted está acostumbrada a tratar con su marido, que lo sufría todo... y yo no soy ya su marido.

VEN. ¿Me amenazas?

GON. ¡Y haga el favor de no tutearme!

VEN. ¡Gonzalo!...

GON. Ni de llamarme Gonzalo. Ahora soy yo quien la prohibe hablarme con esa confianza.

VEN. Me figuro que no será para decirme que le hable con cumplido para lo que habrá usted venido hasta aquí.

GON. He venido para ocuparme de una grave cuestión de intereses.

VEN. ¡Ah!

GON. Está convenido que los intereses es lo único que puede haber ya de común entre nosotros.

VEN. Desde luego.

GON. Pues con arreglo a nuestro convenio de que cada cual satisfaga sus gastos, tenga usted la bondad de pagarme esta cuenta que es suya. (Le da un papel.)

VEN. (Leyendo.) «Madame Rioja.—Por la compostura de un sombrero de glasé, once veinticinco Limpieza de tres cascos de paja, nueve setenta y cinco... Total, veintiuna pesetas.»

GON. Eso es; veintiuna pesetas.

VEN. ¿Y éste era el asunto grave que venía usted a tratar?

GON. Uno de ellos. Estoy resuelto a no pagar dilapidaciones ajenas.

VEN. No le llamo imbécil no sé por qué.

GON. Porque yo no se lo consentiría. ¡Pues no faltaba más! Y si no, pruebe usted a llamármelo.. (Amenazador.) ¡Pruebe usted!

VEN. (Asustada.) ¿Qué tono es ese? ¿Es usted el mismo?. .

GON Sí, señora; el mismo; el mismo que soy desde que rompí las cadenas de la ominosa servidumbre en que usted me tenía; el mismo que soy desde que recuperé mi dignidad vejada... ¡Ah!... Bueno, pero estas son digresiones, y no vengo a hacerlas sino a cobrar. Tenga usted la bondad de abonarme esas veintiuna pesetas.

VEN. Con arreglo al pacto de Valencia establecimos que era a usted a quien correspondía pagar todos los gastos hechos por mí mientras tuve la desgracia de ser su esposa.

GON. El pacto lo hicimos el doce de Julio, ¿no?

VEN. Sí.

GON. Y nuestra ruptura fué el tres de Junio, ¿no es cierto?

VEN. Sí.

GON. Pues vea usted la fecha de la factura.

VEN. (Leyendo.) «Julio siete».

GON. Había usted dejado de ser mi mujer cuando mandó que le hicieran ese lavado en los cascos.

VEN. ¡¡No admito reticencias!!

GON Usted se calla, que estoy hablando yo.

VEN. Pero...

GON. (Como un energúmeno.) ¡¡A callar!!

VEN. ¡Dios mío!

GON. Además, y para que liquidemos de una vez. Con arreglo al convenio de Barcelona, ratificado en Vitoria, quedamos en que yo pagaría todos los gastos de la casa, incluso los de los criados, y que usted abonaría los gastos de calle.

VEN. Entendimos por gastos de calle el sostenimiento del automóvil.

GON. Porque no se nos ocurrió otro.

VEN. ¿Eh? ¿Qué quiere usted decir?

GON. Que no hablamos del sereno: de la gratifi-

cación que le damos mensualmente y entiendo yo que el sereno es de la calle y no de la casa, me adeuda usted seis pesetas de la gratificación de estos dos meses, que unidas a las veintiuna de los sombreros, hacen un total de veintisiete pesetas, salvo error u omisión.

VEN. Pues no las pago.

GON. ¿Eh?

VEN. Que no las pago; tire usted por donde quiera, pero no las pago; es cuestión de amor propio.

GON. ¡También lo es para mí!

VEN. Me da lo mismo.

GON. Va usted a obligarme a emplear la violencia.

VEN. ¿Sería usted capaz?

GON. De todo.

VEN. No olvide que habla con una señora y con una señora indefensa, puesto que no tengo a mi lado a un esposo que saque la cara por mí.

GON. Vaya usted a buscarle y yo le diré lo que hace al caso.

VEN. Dice usted eso porque sabe que mi marido es un Juan Lanas, que no va a ninguna parte.

GON. No insulte usted a los ausentes, señora.

VEN. ¡Sí, un Juan Lanas, un Juan de las Viñas, un monote!

GON. (Sujetándola con la mano izquierda y echándola mano al cuello como si fuera a extrangularla.) ¡El monote se va a quedar viudo!

VEN. (Horrorizada,) ¡¡Ah!!... (Grita.)

ART. (Entrando precipitadamente por la izquierda.) ¡¡Gonzalo!!... ¿Pero qué es esto?... (Le separa de Ventura.)

GON. Nada, nada; que estábamos arreglando una cuenta... (Ventura, demudada, lívida, palpándose el cuello y con la boca abierta, no puede hablar, aunque lo intenta.)

ART. ¡Menuda cuenta!... ¡Si no llego a tiempo!...

GON. ¡No, hombre, matarla no la hubiera matado! ¡Sin haber cobrado! Después que cobre ya veremos.

ART. ¿Pero?...

GON. (A Ventura, que le mira atónita.) Vaya usted por mis veintisiete pesetas; yo tengo que hablar ahora con Arturo.

VEN. Sí... señor.

GON. (Como si fuera a tirarle algo.) ¡Pero que ya se está usted marchando!...

VEN. (Asustadísima.) Sí, señor... ¡Ay!... (Se va precipitadamente por la izquierda.)

ART. (Perplejo.) ¡Pero Gonzalo!...

GON. Nada, hombre; que he variado de carácter y voy a ser el amo.

ART. ¿Tú crees? ..

GON. Y ojalá que este apretón de garganta sea la solución de mi problema, como lo que voy a decirte es la solución del tuyo.

ART. ¿Eh?

GON. Sí, hombre, sí; te traigo la solución de tu problema; no me mires con esa cara de espanto. La dama de los anónimos está descubierta.

ART. (Nerviosamente.) ¡Gonzalo!... No; no es posible.

GON. La prueba viene conmigo.

ART. Explícate, por Dios.

GON. Sí, sí; me explicaré, aunque no del todo.

ART. ¿Eh?

GON. A mí no me echas tú una mano al cuello como yo hice hace un instante con Ventura.

ART. ¿Pero?...

GON. Que no, hombre. Yo lo hice siguiendo un plan de conducta inofensivo y tú ibas a hacerlo con el plan de estrangularme, que no es lo mismo.

ART. ¿Quieres dejarte de rodeos y hablar de una vez?

GON. ¡Allá voy, hombre, allá voy! Verás: mira... (Le enseña un sobre.)

ART. ¡Jesús!

GON. Esta mañana me disponía yo a trasladarme a Bayona, cumpliendo tu encargo, para someter al dictamen de un grafólogo eminente el último anónimo que recibiste...

ART. El que me obligó a venir a Zarauz.

GON. Justamente.

ART. Bueno, ¿y qué? ¿Y qué?..

GON. Que estaba ya en el patio del hotel, cuando me entregaron esta carta. (Mostrándosela.) Mira.

ART. ¡¡Su letra!!

GON. (Sin darle la carta.) Eso dije yo: su letra; pero al ver quién firmaba, pensé: esta no puede ser la de los anónimos; y en efecto, no era.

ART. ¿No era?

GON. No.

ART. Pero la letra es igual.

GON. Como que es la misma.

ART. ¿Eh? ¿La misma?

GON. Sí, pero no es.

ART. (Arrebatándole la carta.) No me vuelvas loco, Gonzalo; trae acá. (Lee.) «Señor: acabo de llegar de Madrid y deseo hacer a usted una pregunta antes de las doce. Suya afectísima servidora, María Josefa Rebul.» (Perplejo.) ¿Eh? ¿María Josefa Rebul?

GON. Sí, hombre; Pepita.

ART. ¿Qué Pepita?

GON. Pepita Rebul: la doncella de Isabel.

ART. ¡¡No!!... ¡Mientes!... ¡Esta no es la de los anónimos!

GON. No, hombre; ya te he dicho que no, caramba.

ART. Sin embargo, la letra...

GON. Ya te he dicho también que es la misma, jinojo.

ART. (Sujetándole por las solapas, de mala manera.) ¡Gonzalo!... ¡Que te ahogo!

GON. Acaba de oirme, hombre; no te amontones. La letra de los anónimos es de ella: de Pepita; solo que ella, siendo ella, no era ella. Vamos, entiéndeme, no seas bruto; que ella se comunicaba contigo por... delegación.

ART. ¿Eh?...

GON. Quiero decir que la de los anónimos, la que te quiere—porque te quiere de verdad—es otra.

ART. Tu mujer.

GON. (Echándole la mano al cuello.) ¡Arturo!

ART. ¿Quién es entonces? ¡Responde!

GON. Eso va a decírtelo ella.

ART. ¿Quién?

GON. Pepita. La he traído conmigo para que te dé toda clase de detalles...

ART. ¿Dónde está?

GON. Allí, en la playa; debajo de aquel toldo...

ART. No la veo.

GON. Sí, hombre; aquella de la pamela; viene de sombrero y todo. Se ha gastado en ropa cuanto tenía ahorrado para la boda...

ART. ¡Vamos!

GON. Bueno, prepárate a recibir una sorpresa, porque...

ART. Déjate de estupideces; ven. (Hace mutis por la puerta de la derecha.)

GON. Iré, porque a pesar de ser una mujer, le va a pegar. (Se va por la puerta de la derecha.)

ISABEL (Por la izquierda, seguida de VENTURA. Viene muy sulfurada.) No, no, hija; eso no puede quedar así. ¿Eh? ¿Se han marchado? (Se asoma al ventanal y grita destempladamente.) ¡Gonzalo!... ¡Ven acá!... (Retirándose de la ventana.) ¡Pues estaría bueno!...

VEN. Te repito que tengas cuidado con él. Yo creo que ha perdido el juicio.

ISABEL ¡La vergüenza es lo que habrá perdido!...

GON. (Entra en escena por la derecha, muy altivo y muy arrogante y dice en muy alta voz y desafiando.) ¡Aquí está!

ISABEL ¡Jesús y qué tono!

GON. (Enérgico.) ¡En el que se me llama! Al son que me tocan bailo (Desabridamente.) ¡Gonzalo, ven acá!... ¡Aquí está! .. (Muy reverencioso.) ¡Gonzalo, haz el favor!... En seguida, sí, señor.

ISABEL Hasta pega.

GON. Ahora pega todo en mí, porque empiezo por pegar yo.

ISABEL De eso precisamente venía yo a hablar contigo. Acaba de contarme Ventura lo... lo que no he querido creer.

GON. Créelo, créelo.

ISABEL Y si ahora mismo, delante de mí, no le das a mi hermana una cumplida satisfacción...

GON. ¡Ay, qué rica!...

ISABEL Si no le pides perdón, no será ella la que hable por mí, será un letrado el que hable por ella.

GON. Divorcio ¿eh?

ISABEL ¡Divorcio! (A Ventura.) Repíteselo tú misma.

VEN. (Débilmente.) Divorcio.

GON. Acepto la idea con júbilo: soy un hombre moderno. Buenas tardes. (Inicia el mutis.)

ISABEL ¡Pero Gonzalo!...

GON. He dicho mi palabra postrera. No puedo volver ya a la vida del hogar. Me he lanzado y... (Se va por la derecha cantando en alta voz un cuplé de moda, el más canallesco que recuerde el actor.)

VEN. ¡¡Isabel!!....

ISABEL ¿Y no le has arrancado los ojos? ¿Y eres tú la animosa, la enérgica, la amiga de luchas?

VEN. Te confieso que no sé lo que me sucede; porque por dentro estoy que estallo, pero... no estallo. Me ha cogido la vez.

ISABEL Pues es lástima, porque te advierto que todos esos desplantes, no son más que pamemas: escaparate.

VEN. ¿Crees tú?

ISABEL Claro, mujer: le das un grito y cordero otra vez.

VEN. Puede que tengas razón, pero... (Mostrándole el cuello.) fíjate: si Arturo no llega a tiempo... Y es que... no sé, no sé; no creí que Gonzalo tuviera tanta fuerza. Sin duda en estos dos meses ha hecho gimnasia, porque, ¿no le encuentras tú más... ancho, más... vamos, más hombre?

ISABEL (Con sorna.) ¡Ay, ay, ay!...

VEN. ¿Qué?

ISABEL Nada que tú dirás lo que hacemos.

VEN. Pues yo creo que para que tu amenaza no sea una amenaza estéril, debemos buscar a Arroyo y suplicarle que como abogado intervenga cerca de Gonzalo.

ISABEL Me parece muy bien. En el jardín quedó. Vamos.

VEN. Como Arroyo y él son tan amigos.

ISABEL Sí, sí; no perdamos tiempo.

VEN. Escucha, ¿qué habrá querido dar a entender al decir que ya se ha lanzado? ..

ISABEL ¡Ah! ¿Pero no lo has entendido? Pues hija no puede ser más fácil. Que le va muy bien separado de ti...

VEN. (Arañando a la atmósfera.) ¡Ay!

ISABEL Que bebe, que juega, que trasnocha...

VEN. (Como antes.) ¡Ay!...

ISABEL Que tiene un lío en cada esquina...

VEN. (Clavándola las uñas en un brazo.) ¡Ay!

ISABEL (Quejándose.) ¡Ay! Caramba, Ventura: esto se lo haces a él.

VEN. Perdona; pero es que estoy . Anda, vamos en seguidita a hablar con Arroyo. Qué energía; no parece el mismo. ¡Gonzalo, ven acá!... ¡Aquí está! ¡Gonzalo, has el favor!.. En seguida, sí, señor. (Se van por la izquierda.)

(Tras una breve pausa entran en escena por la dere-

cha, ARTURO, GONZALO y PEPITA. Gonzalo forcejea con Arturo que viene nervioso y descompuesto.)

ART. Déjame, Gonzalo, déjame.

GON. Que no, hombre, que no. En ese estado no hablas tú con Isabel, que es una santa.

ART. ¡Una santa!

PEPITA Sí, señorito, sí. (Pepita viene muy elegante y trae un perro de trapo bajo el brazo.)

ART. Se ha burlado de mí; estoy en ridículo a sus ojos y a los de ustedes.

GON. ¿Qué ridículo ni qué berengena? En ridículo estaré yo, que todos mis éxitos son de boquilla.

PEPITA ¡De boquilla!

GON. Pero, ¿tú que merced a esta superchería has conquistado a cada señora como para enajenarse? ¡Vamos, hombre! No eres justo, Arturo.

PEPITA Creame usted, señorito; la señorita está arrepentidísima; me consta que es la más desgraciada de las mujeres, porque queriéndole a usted como le quiere, ha sido ella misma la que le ha impulsado a usted a... a esas cosas. Es decir, ella, no: yo soy la única culpable, porque yo la aconsejé que escribiera el primer anónimo. Hice mal entonces y he hecho mal ahora al descubrirlo; pero, claro, como no podía escribirle a Decoroso... Porque si usted ve letra mía... Usted le dirá que yo no estoy loca, ¿verdad señorito?

ART. Sí, mujer, sí; no debe usted pagar culpas agenas.

GON. (Y dale con las culpas.) Aquí no hay culpas más que por tu parte. (Gritando.)

ART. ¿Eh?

GON. Sí, hombre, sí, el único que ha delinquido, ahora, antes y siempre, has sido tú.

ART. ¡Gonzalo!

GON. Perdona, creí que estaba con mi mujer.

ART. ¿Vas a negarme que he sido víctima de la más burda de las supercherías? ¡Oh!...¡Cómo he de vengarme!

GON. ¿No crees que te has vengado bastante de la pobre Isabel?

ART. Ella me ha arrastrado...

GON. Como tú la obligaste antes a ella a escribirte los anónimos sometiéndola a aquella exis-

tencia claustral; porque para ti no hay término medio: o vida de asceta o la disipación más desenfrenada.

ART. Bueno, bueno; yo te juro que ahora mismo...

GON. (Sujetándole.) No: sin tranquilizarte y sobre todo sin oir mis reflexiones no hablas tú con Isabel: eso te lo juro yo a ti también.

ART. ¿Pero?...

GON. Ven: vamos a tu despacho; Pepita...

PEPITA Señor.

GON. Aguárdeme en la playa: bajo el toldito de antes...

PEPITA Sí, señor.

ART. Y no diga a nadie, ¡¡a nadie!!, que yo conozco el secreto de los anónimos. Tal vez me convenga no conocer ese secreto jamás.

PEPITA Entonces lo de escribirle a Decoroso...

ART. Dígale que hable conmigo.

(Se van por el último término de la izquierda, Gonzalo y Arturo.)

PEPITA Bueno, yo lo que quiero es que él me vea, porque él no me ha visto nunca así. (Presumiendo muchísimo.) ¡Así! ¡Que hay que vermel... Porque, claro, yo por no dar un disgusto a la señorita Isabel hubiera seguido sacrificándome sin decirle a Decoroso el por qué no podía escribirle. Pero han llegado las cosas a un extremo que no y no. Y como si me presento de doncella humilde pierdo la partida, tomé el tren, me fuí a San Sebastián, me metí en el Louvre y a ver un traje y un sombrero que juegue y unas medias que completen y una sombrilla que entone y este perrito de trapo que completa la figura. Lo que siento es que se parece a un tío mío. (Mirando hacia la primera puerta de la izquierda.) ¡Ay! Aquí está. (Disimula y se vuelve de espaldas.)

ARROYO (Entrando.) Voy a tener un éxito con esta comisión... (Al ver a Pepita.) ¡¡Mi abuela la de Cáceres, y qué Ondina!! No hay pleno pero hay línea! ¿Quién será? (Se acicala un poco.)

PEPITA Me volveré de repente. (Lo hace.) ¡Oh!...

ARROYO (Dando un paso atrás, y quedando con la boca abierta.) ¡¡Ah!!

PEPITA Buenas tardes. (Inicia el mutis.)

ARROYO (Explotando de una vez.) ¡¡Pepita!!...

PEPITA ¿Eh?

ARROYO (Mordiéndose una mano de nervioso.) Pero... ¿tú aquí y así?... ¿Tú con medias de seda?...

PEPITA (Remangándose con chunga.) Voilá.

ARROYO ¿Tú con sombrero de guindas? (Por el adorno del sombrero que debe ser un gran racimo de uvas negras.)

PEPITA Son uvas.

ARROYO ¿Uvas?

PEPITA Sí, señor; uvas.

ARROYO (Loco de rabia.) Habla, quiero saber lo que significa esto; porque como sea verdad lo que estoy pensando, te voy a desnudar aquí mismo.

PEPITA ¡Decoroso!

ARROYO (Jurando.) ¡Míralas!

PEPITA No he de ser yo la que te dé explicaciones; pasa al despacho de don Arturo y él te explicará... Bástete saber que no tengo nada de que reprocharme.

ARROYO ¿Pero...?

PEPITA Yo te aguardo, ahí, en la playa: bajo el primer toldo. *Au revoire.* Lo empaté. (Andando a lo Bertini, llega hasta la puerta de la derecha, se vuelve y dice con toda la gracia y toda la picardía que pueda poner a contribución una mujer.) Creo que no estoy mal. *Au revoire.* (Mutis.)

ARROYO (Encandilado.) ¡Mi madre, qué criatura!... Nada, que está loca y que me va a volver loco a mí también. Voy a ver lo que me dice don Arturo.

VEN. (Por la izquierda primer término.) Oiga usted, Arroyo... Le añadiré ahora que no está Isabel delante...

ARROYO Perdóneme usted ahora, señora, pero ahora no puedo ocuparme de su asunto.

VEN. ¿Eh?

ARROYO Acabo de hablar con Pepita y voy a preguntar a don Arturo...

VEN. ¿Pero está aquí Pepita?

ARROYO Con traje de seda y medias de seda y sombrero con guindas, que ella dice que son uvas, pero son guindas.

VEN. ¿Y dónde está?

ARROYO En la playa, bajo el primer toldo.

VEN. Voy a prevenirla, porque no conviene que diga...

ARROYO Favor por favor, señora.

VEN. (Deteniéndose.) ¿Eh?

ARROYO Yo le arreglo a usted con don Gonzalo, se lo aseguro; pero averígüeme usted de dónde ha sacado Pepita esos lujos que trae.

VEN. Ahora mismo. (Se va por la derecha,)

ARROYO. Sí; porque como resulte que he estado yo en lo alto de un guindo haciendo el colibrí...

(Por la izquierda, segunda puerta, entran en escena ARTURO y GONZALO.)

GON. Nada, hombre, eso está bien. Ya ves cómo a eso no me opongo. Es una pequeña venganza que puede servirte para comprobar lo que deseas.

ART. Sí; díla que venga y procura entretener a Ventura; deseo hablar a solas con Isabel.

GON. (A Arroyo.) ¿Continúan en el jardín?...

ARROYO Isabel, sí; su esposa de usted está en la playa con Pepita...

ART. ¿Han visto a Pepita?

ARROYO Solamente Ventura.

ART. ¡Ah!

ARROYO Apropósito de Pepita deseaba yo hablar con usted. Dice que usted va a explicarme...

ART. Es verdad; la pobre muchacha... Gonzalo le dirá a usted. Yo ahora no puedo...

GON. Sí, venga usted conmigo; hablaremos en el jardín, lejos de nuestros respectivos tormentos. Va usted a saber todo lo que vale esa muchacha.

(Se van por la primera puerta de la izquierda.)

ART. (Tras una breve pausa.) Gonzalo tiene razón. Los hombres somos de peor condición que las mujeres: valemos menos que ellas. Muchas veces se propone un hombre conquistar a una mujer y no lo consigue; pero como sea al contrario, como una mujer, aunque sea una birria, se proponga conquistarnos... Cosa hecha. A ver cómo me sale esta escenita.

ISABEL (Por la primera puerta de la izquierda.) ¿Dice Gonzalo que querías hablarme?...

ART. Sí, siéntate. (Cierra las puertas de la izquierda.)

ISABEL ¿Eh? ¿Por qué cierras las puertas? ¿Qué es lo que vas a revelarme?

ART. Algo gravísimo: no quiero ocultártelo.

ISABEL Me alarmas.

ART. Con razón. Imagínate lo más cruel, y todavía la realidad irá más allá que cuanto te imagines.

ISABEL (Temerosísima) ¿A qué aludes, Arturo?... Explícate con claridad .. ¿No ves mi angustia?

ART. Pues bien, contéstame: ¿Qué pensarías de un hombre que, después de haber luchado consigo mismo mucho tiempo, tuviese el valor de presentarse a su mujer y decirle que estaba enamorada de otra?

ISABEL ¿A quién te refieres?

ART. ¿No lo adivinas? ¿No comprendes que me refiero a mí mismo?

ISABEL ¡Eh! ¿Quieres a otra mujer?

ART. Y llevo mucho tiempo luchando y he acabado por rendirme a este cariño, que es más fuerte que mi voluntad.

ISABEL ¡Pero explícame, por Dios santo!

ART. ¡Explicar!... ¿Sé yo mismo explicarme lo sucedido? Que he tenido... no se si la desgracia o la fortuna de hacer concebir una pasión viva, ardiente, inmensa, a una mujer divina; a una mujer que me adoraba en secreto...

ISABEL ¿Eh?

ART. Durante algún tiempo me ha escrito cartas sin firma, diciéndome que me idolatraba, citándome aquí o allá, y yo ¡torpe de mí!...

ISABEL ¿Qué dices, Arturo?... ¿Pero?...

ART. Yo, sin conocerla, estaba loco por ella; loco, sí; soñaba con ella, vivía para ella y la buscaba desesperadamente. Ahora que la he encontrado comprendo que hacía bien, porque sólo junto a ella podré ser feliz.

ISABEL ¿Que la has encontrado?

ART. Sí.

ISABEL ¿A la mujer que te escribía sin firmar?...

ART. Sí.

ISABEL ¿A la de los anónimos?...

ART. Sí, sí.

ISABEL ¡¡No!!

ART. ¿Eh?

ISABEL ¡Que no!... ¡Mientes!... ¡Miente ella!...

ART. ¡Isabel!

ISABEL ¿Te ha dicho ella: «yo soy la de los anónimos»?

ART. No me lo ha dicho, pero me lo dirá hoy mismo; hoy mismo; estoy seguro.

ISABEL No te lo dirá, y si te lo dice te engañará, te lo juro. Yo sé quién es la que te ha escrito esas cartas. Yo conozco a la pobre mujer

culpable de esa superchería... Yo conozco a la autora y al mismo tiempo víctima de ese ardid; a la que no puede sufrir más; a la que desea la muerte si tú no has de perdonarla, si tú no has de seguirla queriendo... ¡Perdóname, Arturo, he sido yo.

ART. ¿Ves como estaba seguro de que me lo dirías hoy mismo?

ISABEL ¿Eh?... ¿Sabías?...

ART. Y olvidemos nuestras mutuas culpas; los dos tenemos que perdonarnos; estamos en paz.

ISABEL ¡Eres bueno!

ART. Tú te empeñaste en que dejara de serlo.

ISABEL Pero Dios velaba por nosotros... (Al ver a PEPITA y a VENTURA que entran por la derecha.) ¡Oh!... ¡Pepita! (La besa.)

VEN. (Que trae el perro de trapo de Pepita en los brazos.) Ya me ha dicho Pepita que Arturo sabe...

ISABEL Sí, y estoy contentísima.

VEN. También yo lo estoy. Dice Pepita que Gonzalo no puede vivir sin mí, y que todos esas conquistas que él se atribuye no son más que romances.

PEPITA Boquilla Boquilla.

ISABEL Ya te decía yo.

VEN. Excuso decirte que sabiendo yo eso... ¡buena le espera!

ISABEL ¿De dónde has sacado ese perro?

VEN. Es de Pepita... (Siguen hablando.)

PEPITA Don Arturo, ¿le ha dicho usted a Arroyo el por qué me negué a escribirle?...

ART. Gonzalo se lo está diciendo. (Mirando hacia la izquierda.) Aquí se acerca. (En efecto, entran por la primera puerta de la izquierda ARROYO y GONZALO. Este último, muy serio, se detiene en el umbral.)

ARROYO (A Pepita, muy serio.) Tú, sal para fuera.

PEPITA ¿Eh? ¿Te han dicho ya?...

ARROYO Claro, y no es cosa de que delante de gente te dé un achuchón.

PEPITA (Con gran naturalidad.) ¡Ah! Con permiso... (Se va por la derecha seguida de Arroyo.)

GON. (A Ventura.) Haga el favor de darme esas pesetas que me adeuda.

VEN. Ahora no puedo. ¿No ve usted que estoy ocupada?

GON. ¿Con el perrito?

VEN. (Desafiándole.) ¡Con el perrito!

GON. ¡Maldita sea mi vida!... (Le arranca el perro y lo tira por la ventana.)

VEN. ¡¡Ay!!...

GON. ¡Aquí no hay más hombre que yo!

VEN. ¡Gonzalo!...

GON. (Comiéndosela de rabia y gritando.) ¿Qué pasa?...

VEN. (Como loca, entregándose.) ¡¡Que te quiero!!

GON. (Amenazándola chulonamente.) ¡Te daba así!... (A Arturo.) Acabo de tirar el gatito. ¡Qué pasa!

VEN. ¡Que te quiero! (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Undécima edición).

De balcón a balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir a tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos. (Segunda edición.)

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La niña de las planchas, entremés lírico. (Segunda edición.)

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de La Jarosa, comedia en tres actos. (Tercera edición.)

La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Los que fueron, entremés en prosa.

La escala de Milán, apropósito.

La Conferencia de Algeciras, apropósito.

El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.

El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La locura de Madrid, juguete comico en dos actos.

Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.

El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.

La traición, melodrama en tres actos.

Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa.

Adán y Evans, monólogo.

El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Albi-Melén, obra de Pascuas, en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.

El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo (Segunda edición.)

John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)

Los rifeños, entremés en prosa.

El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.

De rodillas y a tus pies, entremés.

La casona, comedia dramática en dos actos.

Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

Garabito, chascarrillo en prosa.

La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La fórmula 3 K^3, disparate en un acto. (Segunda edición.)

Las famosas asturianas, comedia en tres actos de Lope de Vega. Refundición.

La venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Sexta edición.)

La verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.

Los planes de Milagritos, apunte de sainete.

Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos. Música de Amadeo Vives.

La Tiziana, entremés, con música de Manuel Font.

El mal rato, paso de comedia.

Faustina, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La razón de la locura, comedia gran guiñolesca en tres actos. (Tercera edición.)

Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

El colmillo de Buda, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)

El condado de Mairena, comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición.)

Pepe Conde o El mentir de las estrellas, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)

La plancha de la Marquesa, juguete cómico en un acto y en prosa (Segunda edición.)

Martingalas, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

El clima de Pamplona, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La mujer, paso de comedia.

Sanjuán y Sampedro, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. Refundi-

ción hecha para zarzuela, con música del maestro Taboada Steger.

Los misterios de Laguardia, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La cartera del muerto, comedia dramática en tres actos.

San Pérez, juguete cómico en tres actos.

El parque de Sevilla, zarzuela en dos actos.

El Castillo de los Ultrajes, juguete cómico en tres actos, adaptado del francés. (Segunda edición.)

La hora del reparto, sainete, con música del maestro Guerrero

El fresco del fuego, entremés. (Segunda edición.)

El ardid, comedia en tres actos.

Cuentos y cosas, colección de cuentos, entremeses y monólogos.

PRECIO: 3,50 PESETAS